

+10

## La rosa de los vientos

**Paula Bombara**

Ilustraciones de Brenda Ruseler

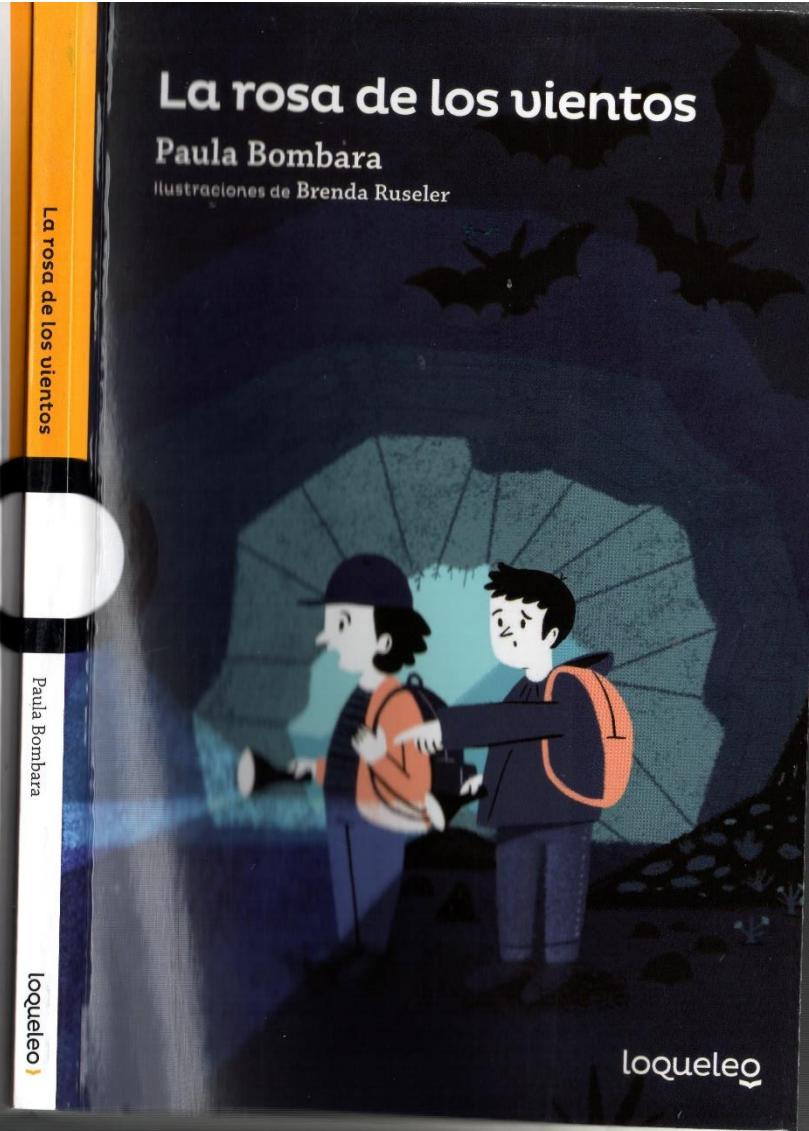
Gastón tiene una misión muy especial: hacer el ascenso al cerro Tres Picos y cumplir el último deseo del abuelo Juancho. Para lograrlo contará con la ayuda de su mejor amigo, Federico, y de Santiago, su hermano mayor. Esta aventura, en la que los amigos tendrán que enfrentar un peligroso incendio y rescatar un tesoro familiar, será un antes y un después para dos hermanos que, distanciados sin quererlo, buscan reencontrarse.

**Una novela de despedidas y  
reencuentros, sobre la fuerza  
de la amistad y la hermandad.**

[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

loqueleo

9 789504671166



© 2007, 2018, 2023, Paula Bombara  
© De esta edición:  
2023, EDICIONES SANTILLANA S.A.  
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-7116-9  
Hecho el depósito que marca la Ley 11.723  
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: febrero de 2023

Dirección editorial: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA  
Edición: LAURA OCCHIUZZI Y LAURA JUNOWICZ  
Ilustraciones: BRENDA RUSELER

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN  
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Bombara, Paula  
La rosa de los vientos / Paula Bombara ; ilustrado por Brenda Ruseler. -  
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2023.  
136 p. : il. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-950-46-7116-9

1. Crónica de Viajes. 2. Novelas de Aventuras. I. Ruseler, Brenda, ilus.  
II. Título.  
CDD A863.9283

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 3.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN  
EL MES DE FEBRERO DE 2023 EN GRÁFICA PINTER, TABORDA 48 (CP 1437),  
CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

# La rosa de los vientos

Paula Bombara

Ilustraciones de Brenda Ruseler

A Recorrer cada rincón compartiendo

loqueleo

© 2017, 2018, 2019, Planeta Libros

11.ª edición

2020. Ediciones de la Cuna S.A.  
Avda. Castellón 12. 28013 Madrid

ISBN 978-84-08-17216-5

EAN 9788408172165

## La rosa de los deseos

Ilustraciones de Paula Miquel

Traducción de Laura Jurkowicz

Corrección de Leonor García

Revisión lingüística: Paula Miquel

Edición digital: Ana Sánchez y Ruth García

Diagramación: Paula Miquel

Formateo: Paula Miquel

Ilustraciones: Paula Miquel

Diseño de portada: Paula Miquel

Impresión: Gráficas de Bureos Atres-Bonell, s.a.

Dimensiones: 35 x 24 cm.

Precio: 9,95 € IVA incluido

Teléfono: 900 46 7116-9

E-mail: Clientes de Viajes, 2. Novelas en formato electrónico para móviles.

900 7603 2223

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser vendida,

ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, cualquier medio de

reproducción de información, en ningún formato, ya sea digital, analógico,

mezánico, fotográfico, electrónico, magnético, óptico, por radioondas, tele-

fonía, o cualquier otro medio que se pueda inventar de la actualidad.

logopeló

Este material tiene derechos autoriales que corresponden a su autor y a su editor. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, sin autorización escrita de los titulares del copyright. Para solicitar licencias para su uso, dirigirse a Sociedad General de Autores y Difusores (SGAE), Calle de la Princesa, 23. 28001 Madrid. Teléfono 91 589 12 70.



bajo la parra

## A Rosario, por cada minuto compartido.

—Aveces que te escababas la cabeza con los ojos abiertos, —ella miró hacia el particular,

—Habíale con mi papá —le propuso —, y te acuerdas cuando fuiste a Uruguay con él? Tu Vieja te llevó en pasajero de segunda.

—Sí, para dura no quiso viajar con él —ella puso el suspenso Gasterón, sin dejar de mirar la nada.

—Algo mayor viajaste que yo. Te puse en tu casa, es así. ¡Qué alarma a buscar! —Federico se paró, apoyó con cariño el brazo de Gasterón.

Gasterón llevó a los ojos y los hombros en un solo movimiento. "Lo único que me importa es viajar", pensó. Las pupilas negras de su amigo recibieron el mensaje.

El papá de Federico se estaba limpiando las manos.

## Bajo la parra

Aquella tarde Federico observó con atención a su amigo, que se rascaba la cabeza con los ojos abiertos, sin mirar nada en particular.

—Hablemos con mi papá —le propuso—. ¿Te acordás cuando fuimos a Uruguay con él? Tus viejos te dieron permiso enseguida.

—Sí, pero ahora no quiero viajar con ningún parente —le respondió Gastón, sin dejar de mirar la nada.

—Algún mayor va a tener que venir. Te guste o no, es así. ¡Dale! ¿Lo voy a buscar? —Federico, ya parado, empujó con cariño el brazo de Gastón.

Gastón levantó los ojos y los hombros en un solo movimiento. “Lo único que me importa es viajar”, pensó. Las pupilas negras de su amigo recibieron el mensaje.

El papá de Federico se estaba limpiando las manos

cuento su hijo asomó la cabeza por la ventana del estudio.

—Pa, ¿podés venir un ratito que te queremos hacer una pregunta? *susurro*

Pedro tiró hacia el caballete el trapo manchado de colores viejos fijando la mirada en su hijo.

—Sí, claro. ¿Qué pasa? ¡Tenés una voz!

—No, nada. Es que estamos discutiendo con Gastón y... Capaz que vos podés ayudarnos. *agita la mano*

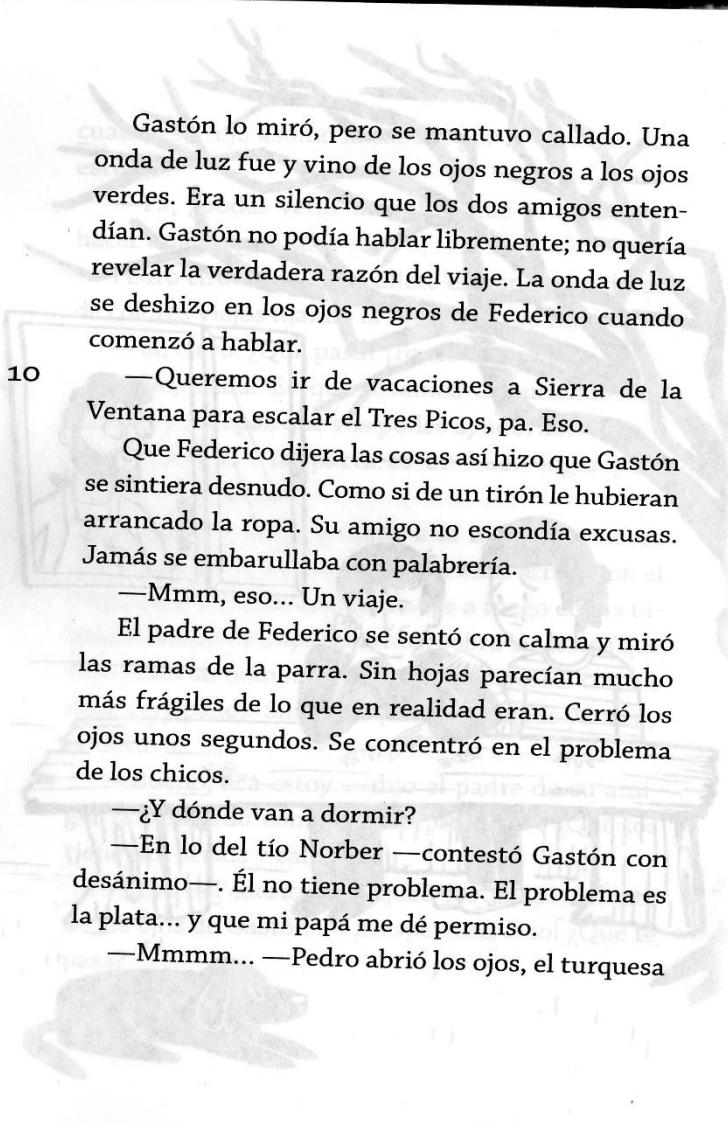
—Mmmm... La parra es un buen lugar para resolver problemas. *susurro*

Gastón esperaba sentado a la mesa de madera que Pedro había hecho para ellos años atrás. Con el dedo tocaba los dibujos grabados a fuego en las tablas. Se demoró unos instantes sobre las letras que formaban su nombre; empezó a recorrerlas con los dedos crispados. Sintió un pinchazo en las yemas y se detuvo.

—Bueno, acá estoy —dijo el padre de su amigo, tan cercano como un tío para él—. ¿Qué los tiene tan serios y callados?

—¡Ey! —Federico chasqueó los dedos delante de los ojos de Gastón—. ¡Despertate, loco! ¿Qué te pasa?





Gastón lo miró, pero se mantuvo callado. Una onda de luz fue y vino de los ojos negros a los ojos verdes. Era un silencio que los dos amigos entendían. Gastón no podía hablar libremente; no quería revelar la verdadera razón del viaje. La onda de luz se deshizo en los ojos negros de Federico cuando comenzó a hablar.

—Queremos ir de vacaciones a Sierra de la Ventana para escalar el Tres Picos, pa. Eso.

Que Federico dijera las cosas así hizo que Gastón se sintiera desnudo. Como si de un tirón le hubieran arrancado la ropa. Su amigo no escondía excusas. Jamás se embarullaba con palabrería.

—Mmm, eso... Un viaje.

El padre de Federico se sentó con calma y miró las ramas de la parra. Sin hojas parecían mucho más frágiles de lo que en realidad eran. Cerró los ojos unos segundos. Se concentró en el problema de los chicos.

—¿Y dónde van a dormir?

—En lo del tío Norber —contestó Gastón con desánimo—. Él no tiene problema. El problema es la plata... y que mi papá me dé permiso.

—Mmmm... —Pedro abrió los ojos, el turquesa

intenso del cielo lo hizo pestañear—. No entiendo, chicos, esas caras de velorio teniendo un plan tan lindo para las vacaciones. No me cierra que sea eso lo que los tiene mal... Ustedes saben que, por suerte, el dinero podemos juntarlo. Y hablar con tu viejo nunca fue un problema, Gastón, ¿qué es lo que pasa?

—Gastón ya habló y Jorge no quiere que viajemos solos. Dice que Gastón aún no está listo. Que no es momento de hacer ningún viaje.

—Voy a hablar por teléfono con tu papá —dijo Pedro dirigiéndose a Gastón—. ¿Está en el negocio?

—Sí, creo que sí.

Pedro y Jorge hablaron un rato largo. Más tarde, el padre de Federico les explicó que muchas veces el miedo hace que los padres cuiden por demás a los hijos, que no puedan ver más allá de aquello que les da temor. Jorge había tenido un accidente subiendo el Tres Picos y tenía mucho miedo de que Gastón tuviera algún problema allá arriba.

—Pero pude convencerlo —dijo Pedro, con una sonrisa.

Gastón lo miró con admiración. Su padre no era un tipo fácil de convencer. Pedro leyó eso en su cara.

—Vos te olvidás de que soy amigo de tu viejo desde la infancia, querido. ¡Le conozco todas las mañas! Y estuve con él cuando se cayó escalando el Tres Picos. Así que imaginate... Eso sí: alguien tiene que ir con ustedes. Pensamos en Santiago...

—¿Santiago? —Gastón se asombró: su hermano mayor jamás había viajado con él. Pasar unos días de vacaciones juntos era algo que nunca se le habría ocurrido. —Y él quiere viajar con nosotros?

—No sé. Le tienen que preguntar.

—¡Ojalá! —dijo Federico—. Estaría rebueno, ¿no?

—No te hagas ilusiones, Fede, vos viste cómo es mi hermano: no le gusta estar con nadie... No creo que se enganche —le respondió Gastón volviendo a fijar los ojos en su nada particular.

### Santiago

Cuando Jorge le pidió que viajara con Gastón y Federico, Santiago hizo silencio. En su mente se mezclaron cierta expectativa (“¡podría cumplir con lo que me pidió el abuelo!”) y resentimiento (“de golpe se acordaron de que soy el hermano mayor”).

Gastón siempre había sido como un cachorro que lo miraba con ansiedad, listo para abalanzarse sobre él a la primera señal que le diera. Por eso nunca le había dado ninguna. Eran muchos los años que se llevaban y difícil la relación que él tenía con la mamá de su hermano.

Santiago solo había hablado de estas cosas con el abuelo Juancho. Pero Juancho ya no estaba, había muerto el año anterior, dejándolo con muchas conversaciones pendientes, con muchos embrollos adentro.

Y en aquella ocasión, cuando su abuelo lo llamó para despedirse y él fue corriendo a verlo al hospital,

Santiago se encontró con su hermano, que abrazaba en silencio los pies del abuelo. Recién ahí se enteró de que había alguien más destrozado que él.

Desde la muerte del abuelo, Gastón era el esqueleto de una sombra. Ni el colegio ni los padres ni la psicóloga ni su amigo Federico habían podido reanimarlo. Santiago, como siempre, se había mantenido al margen. ¿Le importaba? Sí, claro, al fin y al cabo, Gastón era su único hermano. Pero qué podía decirle él, que se sentía igual de triste y de solo...

Pensó en Juancho. Se acordó de lo que había conversado con el abuelo aquella última tarde.

—Gastoncito está muy mal, le va a costar salir del duelo —le dijo después de que su hermano saliera de la habitación—. Vas a tener que ayudarlo...

—¿Yo? ¿Cómo, abuelo, si nunca fuimos hermanos del todo? —Santiago se desesperó, ¿cómo explicar la distancia que había tomado? Estaba del otro lado de un río donde la única balsa que iba y venía era su abuelo. —¿Qué decís, Santiaguito? Ustedes son hermanos del todo, ¿qué importa que no tengan la misma sangre?

—No... No lo digo porque tengamos distinta madre, lo digo porque nunca compartimos nada. Yo no sé de qué hablar cuando estoy con él. —Santiago bajó la cabeza avergonzado—. Me pone nervioso, ¡me mira como esperando que haga algo!

—¡Dejate de joder, Santiago! —Juancho le agarró la cara con las dos manos y lo atrajo hacia sí—. ¡Sos su hermano mayor! ¿Qué necesitás que te diga para apiólarte de lo que le pasa? ¡El pibe quiere ser como vos!, ¿no te das cuenta?

—Pero, abuelo..., si soy un desastre, ¿cómo alguien va a querer ser como yo?

—Nunca fuiste un desastre, querido. Solo tuviste algunos despistes, como cualquier corredor que se precie...

—Vamos, abuelo...

—Date cuenta: ahora vivís solo, tenés un trabajo,

estudiás... Saliste del pozo, Santiago.

—Pero puedo volver a caer. Y no quiero arrastrar a nadie...

Cada vez que recordaba aquella conversación, Santiago terminaba con los ojos hinchados. Su abuelo le había cortado el rollo de la autocompasión con crudeza: “Estás desperdiciando una de las mejores

cosas que te dio tu padre: un hermano. Así que dejate de pavadas, ¿me oíste?".

Y después le hizo un pedido que se grabó en su estómago acalambrado por la pena: "Escalá con Gastón el Tres Picos. Solo eso te pido".

Ahora su padre le preguntaba si podía acompañar a Gastón y a Federico a Sierra de la Ventana. Ni que alguien supiera el encargo que el abuelo le había confiado. No podía dejar pasar una oportunidad como esta.

Sin embargo, le costaba responderle de buen modo. Más después de aquella noche, cuando lo echaron de su casa y lo apartaron del hermano por considerarlo "peligroso".

—¿Y por qué lo tengo que acompañar yo? —le preguntó a Jorge, dando prioridad al resentimiento.

—Creemos que a Gastón le va a hacer bien ir con vos.

—¿Vos y quiénes más piensan eso?

—Hijo, no empieces. No quiero discutir. Te estoy pidiendo un favor y Mariana está de acuerdo.

—Lo pienso y te llamo —contestó Santiago antes de cortar la comunicación.

Esa noche llamó y lo atendió Gastón. El corazón se le aceleró un poco cuando escuchó la voz apagada de su hermano.

—Hola, qué hacés, Gastón, soy...

—¿Santi?

—Sí... Llamaba para avisarte que ya arreglé todo en el trabajo y puedo acompañarte a Sierra.

Avisale a papá, ¿sí?

—Bueno... ¡Gracias!

—Chau.

—Chau.

Santiago se sentó en el balcón de su departamento y abrió una botella de jugo de naranja. "A tu salud, abuelo", pensó mientras daba el primer trago.

### Hacia el Sur

19

Como agua apurada por llegar al mar, los preparativos del viaje hicieron que los días pasaran rápido. Una fotito del Tres Picos adornaba la carpeta de Gastón. Una fotocopia de esa foto, la de Federico. Las vacaciones de invierno eran la meta y se juraron no tener ninguna nota baja ni nada que pudiera enturbiar sus planes.

Finalmente los días de clase terminaron y los chicos saludaron con mucha excitación a sus compañeros y compañeras el viernes anterior a la partida.

Esa noche, Federico durmió en lo de su amigo. Se moría de ganas de hablar del secreto, de la razón verdadera del ascenso al Tres Picos. Sabía que el tema debía ser como una gota de tinta disuelta en un vaso de agua: imperceptible hasta que llegara el momento. Pero las palabras le pinchaban la lengua.

—Che, ¿ya la guardaste?

20

—¡Shh! ¡Que te pueden escuchar! Sí. Pero quedamos en que no vamos a hablar de eso hasta no estar en el cerro, ¿okey?

—Está bien, está bien...

Aunque no pudieron dormir, Gastón y Federico no volvieron a hablar del tema. A la madrugada se levantaron a ver una película y se encontraron con un Santiago insomne como ellos que, apenas los vio llegar, les hizo un lugar en el sillón.

Gastón se sentía confundido ante la presencia de su hermano. Desde que había decidido acompañarlos a Sierra, lo había llamado casi todas las noches. Nunca le contaba nada importante, se lo escuchaba siempre un poco nervioso. Pero había algo que hacía que Gastón prolongara las conversaciones. La voz, quizás; era un poco cascada, como la del abuelo. Y esa noche Santiago le había preguntado si podía quedarse a dormir. “Prefiero levantarme acá”, le había dicho. Se sentó a su lado y le preguntó qué miraba.

—Nada... Bah, acá estoy mirando *El exorcista* —dijo cambiando de canal—. Y acá estoy mirando un partido de fútbol de la liga española. —¿Te gusta jugar al fútbol? —le preguntó Gastón a su hermano.

—Ahora hace tiempo que no juego —respondió Santi.

—El abuelo me contó que de chico jugabas muy bien.

Santiago sonrió. Su abuelo siempre lo alentaba en los partidos. Fede decidió meterse en la conversación:

—A mí me gusta mirar, pero jugando soy malo. Prefiero el básquet.

—Ah, justo. Acá están pasando un partido de la NBA.

Gastón dejó de mirar el televisor y fijó los ojos en Santiago. Algo estaba cambiando entre ellos. Aún no podía descifrar qué.

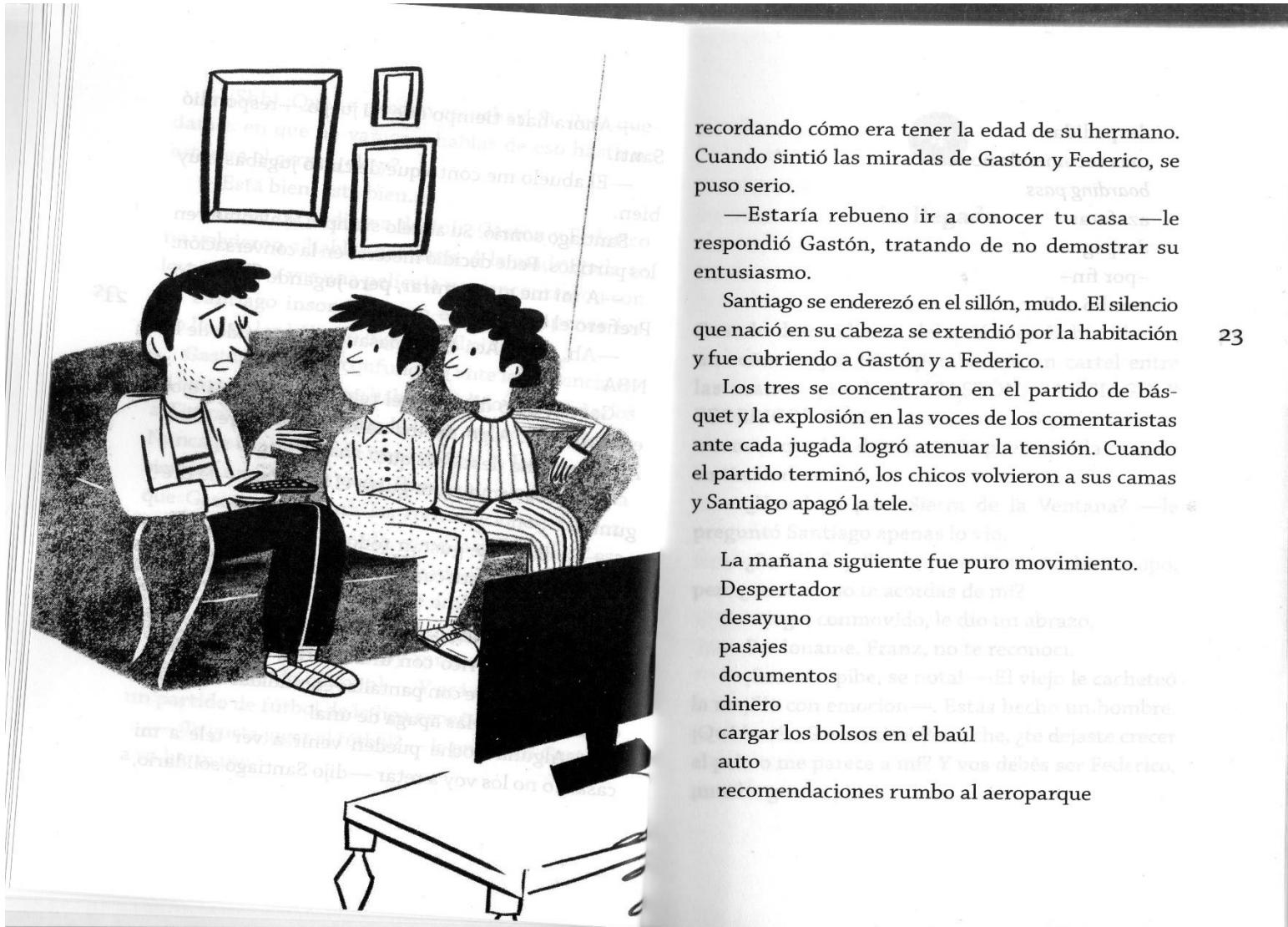
—¿A vos también te gusta el básquet? —le preguntó.

—Sí. Bah, me gustan todos los deportes. A veces me quedo hasta cualquier hora mirando golf... o partidos de tenis.

—¡Eso lo podés hacer porque vivís solo! —le respondió Federico con una sonrisa de envidia—. ¡Si mi viejo me ve con pantallas encendidas a las doce de la noche me las apaga de una!

—Alguna noche pueden venir a ver tele a mi casa. Yo no los voy a retar —dijo Santiago solidario,

21



recordando cómo era tener la edad de su hermano. Cuando sintió las miradas de Gastón y Federico, se puso serio.

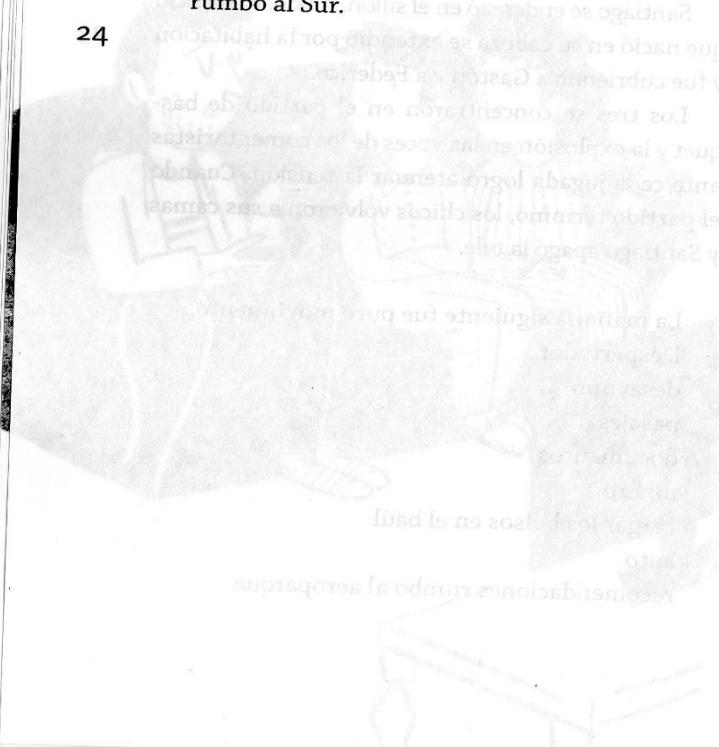
—Estaría rebueno ir a conocer tu casa —le respondió Gastón, tratando de no demostrar su entusiasmo.

Santiago se enderezó en el sillón, mudo. El silencio que nació en su cabeza se extendió por la habitación y fue cubriendo a Gastón y a Federico.

Los tres se concentraron en el partido de básquet y la explosión en las voces de los comentaristas ante cada jugada logró atenuar la tensión. Cuando el partido terminó, los chicos volvieron a sus camas y Santiago apagó la tele.

—Santiago, ¿te apuras? —le preguntó Gastón apenas lo vio.  
La mañana siguiente fue puro movimiento. Despertador, se acordadas de mí, desayuno, sonriente, le dio un abrazo, pasajes, quíame, Franz, no te reconoció, documentos, pibe, se notó —El viejo le cacheteó dinero con emoción—. Estás hecho un hombre, cargar los bolsos en el baúl, he, y te dejaste crecer auto, o me parece a mí? Y vos debés ser Federico, recomendaciones rumbo al aeroparque

despedidas  
más recomendaciones  
*boarding pass*  
azafatas  
despegue  
—por fin—  
rumbo al Sur.



### La llegada

Cuando descendieron del avión, en Bahía Blanca, un señor mayor los esperaba con un cartel entre las manos que decía "GASTÓN, SANTIAGO Y FEDERICO". Debían continuar el viaje en una camioneta que los dejaría en la puerta de la casa de su tío Norberto.

—¿Usted va para Sierra de la Ventana? —le preguntó Santiago apenas lo vio.

—¿Santi? Soy Franz, pibe. Pasó mucho tiempo, pero ¿en serio no te acordás de mí?

Santiago, conmovido, le dio un abrazo.

—Perdoname, Franz, no te reconocí.

—¡Se nota, pibe, se nota! —El viejo le cacheteó la mejilla con emoción—. Estás hecho un hombre. ¡Qué hacés, Gastoncito! Pero, che, ¿te dejaste crecer el pelo o me parece a mí? Y vos debés ser Federico, ¡mucho gusto, pibe!

Una vez en la camioneta, Franz les contó las novedades del pueblo:

—... y hay excursiones para todos lados. Si hasta la Mariela se metió en eso de ser guía... Santi, ¿te acordás de la Mariela, no? ¡Y las cabañas! ¡Crecen como hongos, che! Ya somos casi una ciudad... ¿Almorzaron algo en el vuelo?

Los chicos dijeron que no y Franz les comentó que, aunque lo obligaba a tomar un camino más largo, podían ir a la casa de comidas que su familia tenía en Bahía y, de ahí, salir para Sierra de la Ventana por la ruta 76, la que va por Tornquist.

—Vamos a tardar un poco más, pero ese camino es muy lindo porque pasa justo por al lado del Cerro Ventana —contó para entusiasmarlos. Santiago rememoró unas milanesas napolitanas que hicieron que Gastón y Federico pidieran por favor ir a esa casa de comidas. Franz se rio y dijo: “¡Parece que las milanesas le ganan al cerro a cualquier edad, eh!”.

Horas más tarde, con la panza llena, se adentraron en el camino a Sierra de la Ventana. Pronto, la vista fue de campos sembrados y ondulaciones. El ritmo

que Franz tenía para hablar, sumado al traqueteo de la camioneta y a la falta de sueño, relajaron a los aventureros. El único que se mantuvo despierto fue Federico, demasiado cansado como para dialogar con el viejo Franz, pero encantado de escucharlo contar historias del pasado.

—Mirá, pibe —dijo Franz señalando unos cerros—, ahora es difícil verlo porque está cayendo la luz, pero allá está el Cerro Ventana. ¿Lo ves?

Federico se esforzó por buscar el lugar señalado. A la izquierda de la ruta se alzaba un cordón serrano, algunas ondulaciones eran redondeadas y otras llenas de aristas. De pronto, vio un pequeño agujero cercano a la cima de una de ellas.

—¡Síiiiiii! ¡Qué chiquita que se ve la ventana desde acá!

—¡Ah, pero es enorme! Me acuerdo cuando subí con Juancho, el abuelo de tu amigo, por primera vez... Ahora han puesto unos carteles indicadores; en aquella época ¡no había nada!... je, je... Y Juancho puteaba a más no poder...

A lo lejos se veían árboles ardiendo. Parecían antorchas gigantes. Federico le preguntó a Franz sobre los incendios.

—Los bomberos voluntarios no damos abasto... Con aquel que ves allá, ya van tres en lo que va del año. Hay dos dotaciones trabajando. Y espero que no cruce la ruta...

Eran cerca de las ocho de la noche cuando la camioneta se detuvo frente a la casa de Norber, el tío abuelo de Gastón y de Santiago.

—¡Por fin, Franz! Vengan, pasen, muchachos. Deben estar agotados. Pasá, Franz, quedate un rato...

—Nooo, Norber, ¡se me hace tardísimo! ¡Llameme cualquier cosa que necesiten! ¡Chau!

Norber invitó a los chicos a entrar en su casa y los observó, contento, cuando comenzaron a maravillarse con sus mapas y sus cuadros. Los chicos se acercaban a descubrir las dedicatorias y firmas de los pósters de la Selección de fútbol, a mirar los recorridos que, marcados en los mapas, señalaban los viajes del viejo tío, y a hojear los cientos de revistas que formaban pilas sobre las sillas. Norber colecciónaba firmas de personajes famosos y estaba orgulloso de su colección.

Federico, que acababa de descubrir una foto firmada de Marilyn Monroe en el interior de una

revista escrita en inglés, levantó los ojos y miró al tío de Gastón. ¿Cómo podía ser que un viejo tan viejo pareciera tan joven? En la cabeza, apenas cubierta por cabellos blancos, se notaban dos cicatrices moradas. El rostro no tenía muchas arrugas, algunas profundas alrededor de los ojos, un par que unían las aletas de la nariz con las comisuras de la boca y tres o cuatro surcos en la frente alineados como renegones; pero todas se desvanecían cuando uno miraba los ojos del viejo: grandes y del color de la pinocha, rasgados, con la textura de la corteza. Había una vida intensa en esos ojos.

—¿Adónde vamos a dormir? —preguntó Gastón a su tío abuelo.

—Hay camas por todos lados, querido. —Escucharon un chisporroteo dentro del horno—. Hagan como quieran. ¡Mejor me ocupo de la comida antes de que se queme!

—A ver, en la pieza del tío hay dos camas. En la otra, hay cuatro, y en el comedor hay un diván —dijo Santiago.

—Podemos dormir los tres en la pieza de las cuchetas —sugirió Gastón.

—Por mí, está bien —dijo Federico.

—Bueno —aceptó Santiago—, ¿a vos qué te parece, tío?

Con las manos ocupadas en trozar carne, Norber hizo un gesto con la cabeza y dijo:

—Muy bien, querido, muy bien.

—Muy bien, querido, muy bien.

Federico, que acababa de llegar —estaba fumada de tabaco— le iba a contar algo, pero

## Federico

Al día siguiente, Federico se despertó con el crujir de la leña recién encendida. Desde su cama vio al tío Norber moverse por la cocina.

Mientras miraba al viejo, recordó la cena de la noche anterior. Gastón había preguntado sobre las excursiones al Tres Picos y el tío Norber comenzó a contar anécdotas de todos los que escalaron el cerro: la caverna que hay a mitad de camino, las laderas de roca tallada, las arañas y las culebras.

—Jorge tuvo un poco de mala suerte porque lo agarró una tormenta muy ventosa y tuvo un accidente en el ascenso. Por suerte iba con tu viejo, Fede. Cayó rodando por un desfiladero muy empinado. No llegó a la cueva y no volvió a escalar el Tres Picos nunca más.

—Yo sí que exploré esa caverna. ¿Te acordás, tío? —preguntó Santiago.

—¡Cómo no me voy a acordar! ¡Si estaban hechos unos locos, con el Lucas y la Mariela!

Los chicos miraron a Santiago buscando una explicación.

—Lucas y Mariela son mis amigos de la infancia. Mariela es la nieta de Franz.

—Franz es el señor que los trajo hasta acá —aclamó Norber.

—Sí, ya sabíamos, tío —respondió Gastón entre sonrisas. Esos eran los comentarios que revelaban lo viejo que estaba Norber.  
—¡Qué años, aquellos! —el viejo hizo una pausa y sacudió su cabeza con pesar—. Y después, de golpe y sin avisar, Santiaguito dejó de venir. Algo habrá pasado, pero nunca nadie lo supo...

Otra vez, los chicos miraron a Santiago, pero él no respondió. El tío siguió hablando:

—En fin, la cuestión es que ustedes van a escalar el cerro muy pronto, y lo harán con una guía de lujo. ¿Sabés quién, Santi? La Mariela, justamente.

—Sí, me contó Franz cuando veníamos para acá —respondió Santiago mirando su plato casi vacío.

—Mariela y Lucas, los dos. Ahora son novios.



—¿Ahora, tío? ¡Siempre fueron novios!  
—Sí, tenés razón. —El tío le palmeó el brazo—.  
Vos eras el que les arruinaba el romance.

Santiago sonrió, dejó de mirar el plato y sus ojos buscaron la ventana; se perdió en los recuerdos. Gastón lo interrumpió:

—¿Querés venir con nosotros, Santi? ¡Estaría buenísimo!

Santiago se sobresaltó. De pronto, cumplir con el deseo del abuelo era demasiado para él. Pensó en su mamá, en la noche que cuidó a Gastón, en Lucas... No. Había algo en él que atraía las desgracias.

—¿Tienen que escalarlo tan pronto? ¿No podemos esperar unos días? —preguntó Santiago mirándolos a ambos, logrando que su preocupación pareciera egoísmo.

—No —dijo Gastón con bronca y desánimo al mismo tiempo—. Tenemos que ir lo antes posible.

—Bueno, no te enojes —respondió su hermano—. Dejame pensarlo esta noche.

—¿Qué tenés que pensar? —expLOTÓ Gastón—. ¡Si no tenés ganas de estar conmigo decímelO de una vez y listO! —Casi llorando, se levantó de la mesa y se fue a la habitación.

—Voy a hablar con él —dijo el tío Norber abandonando su silla.

Santiago le pidió disculpas al eco del grito de Gastón. Su voz sonó a papel de regalo hecho un bollo.

—Ya se le va a pasar —lo consoló Federico sin saber qué otra cosa decir.

“Voy a levantarme”, pensó Federico mientras seguía mirando el ir y venir del tío en la cocina. Por las rendijas de las persianas se adivinaba un día de sol. De pronto el tío lo miró.

—Buen día, tío Norber, cómo anda... —saludó sin moverse.

—¿Te desperté, querido? ¡Me hubieras dicho! —el viejo se acercó y le revolvió el pelo.

—No, no. Hace rato que me desperté. Siempre me despierto temprano.

—¡No es tan temprano!, son las nueve. Te voy a preparar un café con leche mientras te cambiás —dijo Norber.

“Los hermanos no se eligen, se sufren”, leyó Federico una vez en algún lugar. Para él esa frase era un vacío. No tenía hermanos ni para sufrir ni para elegir.

Tener hermanos parecía bastante complicado. La noche anterior Gastón se había dormido después de enojarse, insultar a su hermano y pegar patadas a los almohadones. Y Santiago no había dormido en el cuarto. Federico no entendía qué les pasaba a esos dos. ¡Eran tan parecidos! Juancho mismo se lo había dicho cuando fue a visitarlo al hospital con su papá: "Vas a ver que cuando se conozcan mejor, va a cambiar todo".

El abuelo de Gastón también le había agradecido por ser tan amigo de su nieto: "Es importante tener amistades así, hace bien... La amistad y la hermandad se parecen. Para mí, un amigo del alma es tan irreemplazable como un hermano". Lo hizo sentir orgulloso.

Norber se acercó.

—Ya está el café, Fede. ¿Despertás a Gastoncito?

Esa tarde los chicos fueron al pueblo. No hablaron de los gritos de la noche anterior. Se dedicaron a patear piedritas por la calle de tierra, a comentar las cosas que veían.

El camino les ayudaba: era sinuoso; calles que giraban sobre sí mismas y que parecían retorcerse con

cada pisada. Los verdes oscuros se mezclaban con los marrones y grises de la tierra y de las rocas. Casas salpicadas por aquí y por allá, sin la tirantez de las cuadras de la ciudad. Ni siquiera el viento, que comenzaba a bandear las ramas delgadas de los árboles, conseguía conmover la placidez del pueblo.

Las construcciones tenían nombres, ninguna era parecida a las demás. Esperanza, La Rosita, Los Misioneros, El Remanso, Sueño Cumplido. Las casas reflejaban a sus moradores y, con solo observar los nombres y las fachadas, Gastón y Federico podían darse cuenta de si las habitaba una familia, si eran viviendas de fin de semana o si estaban hechas para turistas.

Norber les había indicado cuál era el local de Mariela y fueron hacia allí sin distraerse. Después pasearían. Gastón estaba decidido a escalar el Tres Picos cuanto antes. Y tuvo suerte: había una excursión planificada para el día siguiente; quedaban tres lugares. Justo para ellos, si Santiago se decidía a escalar el cerro.

nos habíamos quedado sin agua. Yo se iba a quedar  
sin agua. Al día siguiente al amanecer nos levantamos.  
Teníamos que ir a la alberca. Allí tuve que hacer una  
carrera de velocidad. El agua no se derramó en el suelo  
solo en el agua. Los demás estaban nadando y yo me quedé  
mirando. Los demás estaban nadando y yo me quedé  
mirando. Los demás estaban nadando y yo me quedé  
mirando. Los demás estaban nadando y yo me quedé  
mirando. Los demás estaban nadando y yo me quedé  
mirando. Los demás estaban nadando y yo me quedé  
mirando. Los demás estaban nadando y yo me quedé  
mirando. Los demás estaban nadando y yo me quedé  
mirando. Los demás estaban nadando y yo me quedé  
mirando. Los demás estaban nadando y yo me quedé  
mirando. Los demás estaban nadando y yo me quedé  
mirando. Los demás estaban nadando y yo me quedé  
mirando. Los demás estaban nadando y yo me quedé  
mirando. Los demás estaban nadando y yo me quedé  
mirando. Los demás estaban nadando y yo me quedé  
mirando. Los demás estaban nadando y yo me quedé  
mirando. Los demás estaban nadando y yo me quedé  
mirando. Los demás estaban nadando y yo me quedé  
mirando.

Algunas veces las cosas son más difíciles que otras.  
Algunas veces las cosas son más difíciles que otras.

### Una bolsa de tela

El día siguiente comenzó muy temprano. Gastón y Federico casi no pudieron dormir de la emoción. La camioneta pasaría a buscálos a las seis. Santiago había decidido no ir, pero igual se despertó para ayudarlos. Tenía el cuerpo triste, sabía que acababa de desperdiciar una oportunidad y sentía la mirada pesada de su abuelo sobre los hombros.

Seis y diez la camioneta se detuvo frente a la casa de Norberto y tocó bocina.

Mariela se bajó. Una brisa mansa le dio escalofríos. Miró el cielo, aún podían verse unas estrellas, parecía que iba a estar despejado. Un horizonte diferente al del día anterior, como cada vez que se detenía a observar los cerros al amanecer. "Todos los horizontes son distintos", pensó con satisfacción. Nunca se cansaba de ver el perfil de las sierras a la luz de las últimas estrellas. Lucas mantuvo el motor

de la camioneta en funcionamiento mientras buscaba el termo con intención de cebarse un mate.

Los chicos agarraron sus mochilas. Santiago se puso la campera. Cuando salieron de la casa, el aire frío les endureció la nariz y les achinó los ojos. Mariela los saludó con un “Buenas...” y se quedó paralizada cuando notó que estaba frente a su amigo de la infancia. Un segundo después pegó un grito y corrió a abrazar a Santiago.

Lucas se sobresaltó con el grito de su novia y se tiró el agua caliente encima de las piernas. Protestando, sin mirar para afuera, abrió la puerta de la camioneta. —¿No cambiaste nada? —le preguntó Santiago a modo de saludo.

Lucas levantó la mirada y no pudo reprimir la carcajada cuando se encontró con esos ojos verdes, tan conocidos. Los tres compartieron un abrazo interminable.

Mariela y Lucas trataron de convencer a Santiago de hacer el ascenso, pero él insistió en que lo haría la próxima vez. “No va a haber otra vez”, pensó Gastón, enojado, mientras lo escuchaba hablar.

Con pesar, los guías se despidieron de Santiago y subieron a la camioneta. Mariela les indicó sus

lugares a Gastón y a Federico. Una pareja joven ya estaba dentro. Mariela los presentó: Eugenia y Diego, recién casados. Los chicos abrieron las ventanillas y agitaron las manos despidiéndose.

—¡Cualquier problema, llamen! —les dijo el tío Norber desde la puerta.

Fede agitó el teléfono móvil que le había dado su mamá. “Al final tenía razón, para algo iba a servirme traer el teléfono”, pensó mientras lo guardaba en la mochila.

—¿Cómo andan, chicos, todo bien? ¿Vieron qué frío? —les preguntó Mariela apenas arrancaron—.

—Trajeron agua? —continuó Mariela sin esperar una respuesta. Los chicos respondieron que sí—. Lucas nos va a llevar hasta la base del cordón serrano. Así que vos sos el hermanito de Santi, ¡mirá, che, lo que son las cosas!

—¿Alguno de los dos habla inglés? —les preguntó Lucas mientras conducía.

—Federico —contestó Gastón.

—Bueno, Federico —Lucas lo miró a través del espejo retrovisor—, a ver si nos ayudás con este señor que vamos a ir a buscar. No habla una palabra de castellano.

El señor resultó ser un irlandés gigante: casi dos metros de altura, gordo, pelirrojo y de muy buen humor. Durante todo el viaje por la ruta habló sin parar, festejando cada frase con una carcajada parecida al rebuzno de un burro.

Mientras viajaban, el cielo perdió su oscuridad y se reveló celeste. "Un lindo día de invierno", suspiró Mariela, aliviada.

En un lugar de la ruta que nada tenía de particular, Lucas detuvo la camioneta. A ambos lados del camino se alzaban las mitades de una colina dinamitada. Federico recordó que Franz le había contado que, antes, los caminos iban por arriba de las sierras y que, a mediados de siglo xx, habían dinamitado algunas para construir una ruta más importante y segura.

Primero tuvieron que trepar por la roca dinamitada que estaba al costado de la ruta. Lucas los ayudó en ese tramo haciéndoles pie desde abajo, ya que era como escalar una pared. Luego, la camioneta se marchó y la naturaleza impuso su sonido profundo.

Una vez arriba, comenzaron a caminar por la ladera de la montaña. Mariela les explicó que tenían

que recorrer el cordón montañoso hasta llegar al Tres Picos, pues el ascenso directo a ese cerro era mucho más peligroso y no tan pintoresco.

A medida que fueron adentrándose en el paisaje, se separaron naturalmente en tres grupos. Adelante iban Federico y Diego con el irlandés, hablando en inglés y riéndose de los bufidos del gigante. Más atrás, Eugenia le hacía preguntas a Mariela.

Gastón iba solo, último. No podía creerlo, pero ya estaba ahí, rumbo al Tres Picos. Sus ojos miraban las rocas y los pastos y las nubes. Sus pasos sabían que ya estaba ahí, pero no terminaba de creerlo. Tomó aire y suspiró. Decidió alejar a Santiago de la mente. Sonrió al pensar que todo se había resuelto en una tarde, alrededor de una mesa, bajo la parra.

Gastón creía que pisar los mismos pastos que el abuelo Juancho le devolvería su voz, la sonoridad de sus carcajadas, el gustito distinto del aire cuando salía con él, el peso de su brazo sobre el hombro izquierdo. Sensaciones que ya no lograba percibir con intensidad, recuerdos que se estaban transformando en imágenes donde se veía a sí mismo hablando con Juancho, riendo con Juancho, caminando con Juancho, abrazándolo. Imágenes reflejadas en las

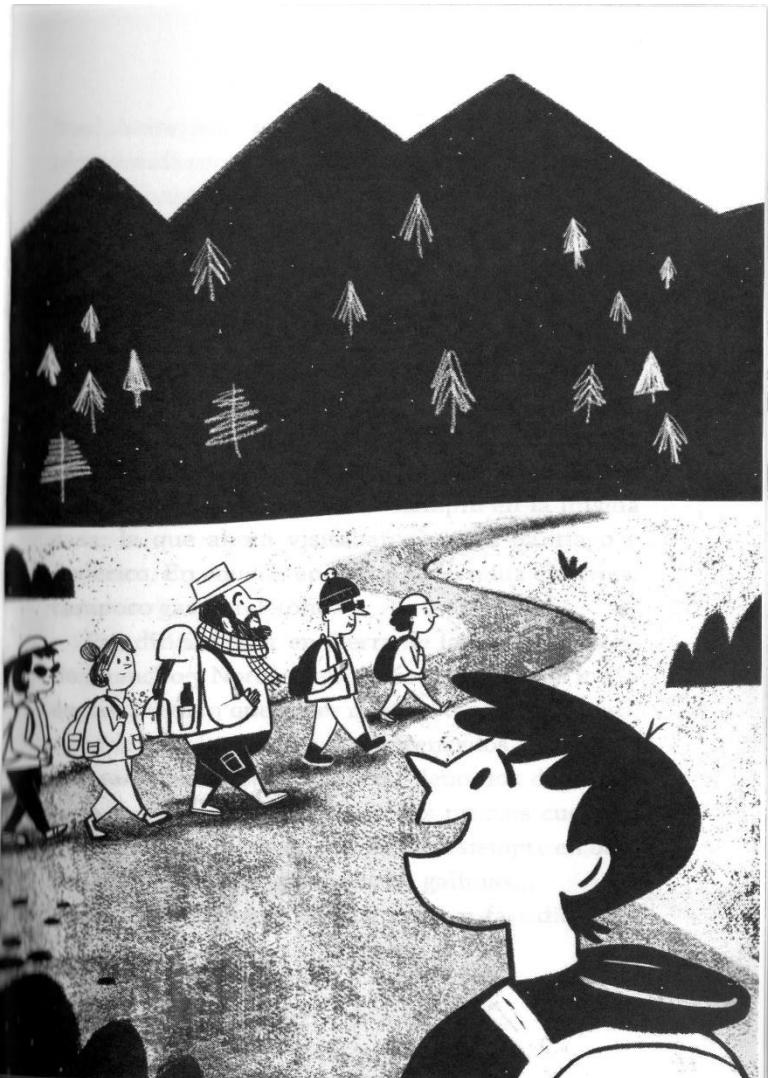
vidrieras de los negocios que tantas veces los vieron pasar.

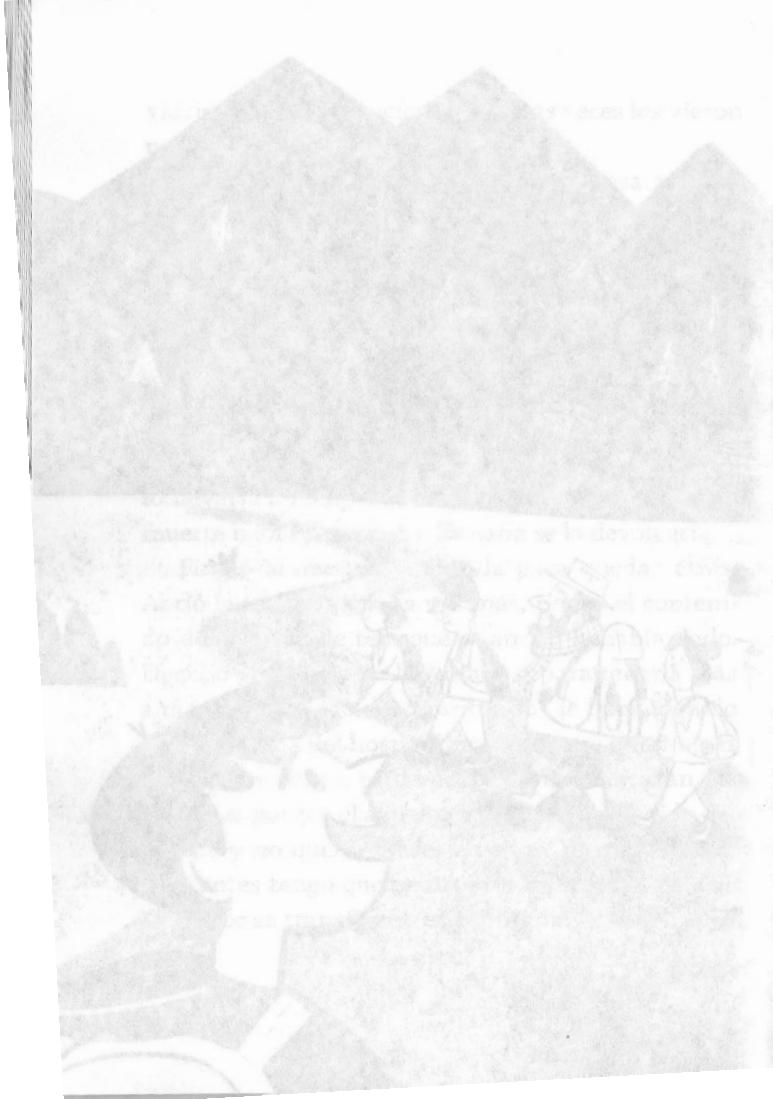
Pero lo que Gastón sentía era otra cosa: un olor nuevo, un gusto desconocido, una inquietud sedosa que alertaba sus sentidos, los runrunes de la aventura que comenzaba. Su aventura. La que él les contaría a sus nietos.

44

Entonces comprendió que las montañas no eran de su abuelo. Que el secreto que llevaba profundo en la mochila, tampoco. Que el paisaje del que tantas veces lo escuchó hablar hasta dormirse no lo llevaría a recuperarlo ni llenaría el hueco que la muerte había provocado. Ya nada se lo devolvería.

Fingió atarse una zapatilla para quedar atrás. Abrió la mochila y, una vez más, revisó el contenido de la bolsa de tela que Juancho le había dado. Decidió guardarla en la riñonera, para tenerla más a mano. "Enterrala bien profundo", le había pedido desde la cama del hospital esa tarde que quiso estar a solas con él. La tarde antes de que cerraran las ventanas porque el abuelo ya se había despedido del mundo y no quería volver a verlo. "Yo me voy a ir, pero antes tengo que pedirte un favor, Gastoncito". Y el favor se transformó en montaña.





7

luz, óriginadas en el sol que se ponía al final del día, y que iluminaba la noche.

**Muchos años antes**

Juancho murió siendo abuelo; pero también era padre y, mucho antes, fue hijo.

Cuando era chico, Juancho vivía en Sierra de la Ventana y ese era su paraíso. Junto con sus padres y su hermano Norber, vivió siempre en la misma casa: la que ahora visitaban Gastón, Santiago y Federico. En aquella época no tenían luz eléctrica, tampoco gas ni teléfono.

Era difícil crecer en Sierra de la Ventana cuando Juancho y Norber eran chicos. Además de ir a la escuela, tenían que hacer muchas tareas en la casa, ayudando a los padres a mantener los techos sin goteras, el cuartito de la leña lleno, los depósitos para agua tan limpios como sus propios cuerpos, los faroles de querosén con mechas siempre en buenas condiciones, el gallinero, las gallinas...

Juancho siempre estaba serio y fastidioso, lo

único que lo hacía feliz era soñar despierto, leer, inventar historias. Norber vivía con un chiste en la lengua y una carcajada entre los dientes, lo único que lo enojaba era el frío que le impedía vagar por las sierras. A Juancho le daba bronca el buen humor del hermano. ¿De qué se reía? ¿Nunca le molestaba que les dieran tantas tareas? ¿Por qué hacía todo silbando o cantando? ¿Dónde estaba cuando él tenía que cortar la leña para el día entero? Era una bronca que crecía con cada hachazo y se achicaba cuando veía que el padre le daba tareas más duras que a él. Su enojo era de goma, cambiaba de tamaño, pero siempre estaba ahí.

Norber no se fijaba en esas cosas. Él no comparaba. Tampoco se preocupaba por hablar con el hermano de ciertos temas. Daba por sentado que jamás se pondrían de acuerdo. Se reía en secreto del enojo de Juancho y también lo sufría, aunque no le gustaba admitirlo. “Al fin y al cabo, los hermanos no se eligen”, pensaba Norber cuando una astilla filosa partía de los ojos de su hermano y se clavaba detrás de su oreja.

“No lo necesito”, se decía Juancho en la cama, en las noches ventosas o los días de tormenta, cuando

los árboles jugaban a ser fantasmas, aunque sus pies deseaban reunirse con los del hermano para patear juntos el miedo.

“No lo necesito”, decía Norber en la suya cuando las piñas golpeaban el techo con violencia, aunque sus manos buscaban la forma de reunirse con las de Juancho en la oscuridad.

Por suerte para ellos, la mamá notó esos desencuentros y pensó varias noches qué hacer para que los cuerpos y las mentes de sus hijos se encontraran. Era una madre con ojos de águila y esencia de maga, que curaba enfermedades con las palmas de las manos, que sanaba corazones con besos en la frente, que sonreía misteriosa cuando esperaban un reto y que cantaba a viva voz siempre que era necesario. Cuando esa madre tuvo algunas ideas, habló con su marido. El plan era un poco arriesgado y con algunos agujeros. El padre de los chicos escuchó, y juntos tejieron una red para unirlos. Era peligroso, pero confiaban en la destreza y en la inteligencia de los hijos.

Un anochecer sin luna hicieron una fogata en el fondo de la casa y pusieron a asar un cordero. Eso les dio suficientes horas para explicarles a Juancho y

a Norber lo que tenían que hacer. Era un encargo importante que debían cumplir juntos.

Los hermanos aceptaron, sorprendidos por la seriedad del pedido de los padres, por la urgencia que tenían, por la luz anaranjada que flotaba en sus ojos.

Se trataba de la única joya que el padre había traído de Francia, su país natal; se la había regalado a la madre cuando se casaron. Era un colgante que ellos heredarián tarde o temprano. Deseaban ocultarlo de los depredadores que habían aparecido en el pueblo. Tenía que ser en un lugar secreto, lejos de allí pero fácil de recordar. No les preguntarían dónde lo habían escondido. Juntos debían elegir el lugar, juntos debían ir hasta allí y juntos guardar el secreto el tiempo que fuera necesario.

Los padres se retiraron y dejaron a los dos chicos frente al fuego. Norber silbó sopesando la bolsita de cuero que contenía el colgante. Juancho lo odió. La discordia tomó cuerpo y fue una más entre ellos. Al amanecer, contemplaron el cerro Tres Picos. "Ese es un buen lugar", pensó Norber.

—¿Qué te parece esconderla en el Tres Picos? —le preguntó Juancho de repente.

—Eso mismo estaba pensando —le respondió Norber.

La discordia se disolvió. En silencio, los hermanos miraron el cerro hasta que el sueño los hizo dormir al costado de las brasas aún encendidas.

éibnoqueas sien sebresenq sasien o fesimoseb... —  
importante es que debo ser capaz de vivir... — Federico  
acordóse q el paseo de la Universidad se iba a hacer en el  
transcurso del miércoles. Respetando a esa la mañana  
que se iba a establecer más temprano el despliegue de  
estas personas.

— ¿Y bien? — preguntó Gastón, que al parecer había  
cambiado de humor. — Puedo decirte que pasé un día de lo más  
agradable. La noche se quedó tranquila, la mañana  
muy soleada, aunque un tanto a temperaturas bajas.  
Me tomé de la mano a Eugenia, y nos sentamos a  
descansar en el Tronco que crece en la cima de la  
loma. Los paisajes de montaña que se observan  
desde allí permiten de maravilla una visión panorámica.  
También donde los chicos se quedaron para dormir elegí  
el lugar correcto, dentro de la zona de sombra  
producida por el Tronco que crece en la cima de la  
loma. Los paisajes de montaña que se observan  
desde allí permiten de maravilla una visión panorámica.  
Hoy es un día de sol y superando las bajas  
temperaturas del ambiente, dejando la actividad  
descansada, pero con una temperatura ambiente  
que no es menor que la que se observa en el interior  
de la casa. — ¡Pero, Gastón! — exclamó Eugenia.  
— ¿Por qué te parece extrañamente que yo sea  
— le preguntó el muchacho de sorpresa.

## 8

### Lucas, Mariela, Santiago

Ya habían pasado un par de horas de caminata  
cuando los excursionistas llegaron a un área muy  
extraña. Dos círculos de tres metros de diámetro de  
pasto quemado, separados por otros más pequeños,  
hicieron que Gastón se animara a preguntar si era  
zona de aterrizaje de naves extraterrestres.

— Ja, ja, ja... ¡Vos sí que tenés imaginación! — le  
contestó Mariela. — La verdad es que nadie sabe cómo  
fue que se hicieron esas marcas en el pasto. Pero de  
allí a pensar que fueron naves de otros planetas...

— Es que son círculos tan perfectos... — dijo  
Eugenio. — Yo estaba a punto de preguntar lo mismo.

Enseguida Federico fue a explicarle al irlandés  
sobre qué estaban conversando y él comentó que  
probablemente fueran hongos de una especie que se  
reproduce por debajo de la tierra siguiendo un patrón  
circular.

Reanudaron la marcha después de la primera parada para tomar agua. Mariela les había dicho que era mejor racionar el agua. Aún tenían varias horas de caminata por delante. Federico y el irlandés iban al frente. Diego y Eugenia, la pareja de recién casados, los seguían tomados de la mano. Atrás, Mariela y Gastón cerraban el grupo.

—Che, Gastón, qué suerte que tu amigo habla inglés. Si no, hubiera tenido que estar con Alex todo el camino —comentó Mariela—. ¡Habla como si fuese su idioma, es impresionante!

—La mamá de Fede es estadounidense y toda su familia sigue viviendo en Miami. Fede aprendió a hablar castellano e inglés al mismo tiempo, por eso habla tan bien —le contó Gastón. Y sin poder evitarlo, prosiguió—: Es hijo de Catalina Anderson, la actriz...

—¿La de *Torbellinos de pasión*? —se asombró Mariela.

—Sí. Pero no le digas que te dije, porque odia que la gente sepa quién es su mamá. En el colegio, las chicas lo vuelven loco pidiéndole autógrafos de Catalina.

Siguieron un rato callados hasta que Mariela se lamentó:

—Lástima que Santiago no quiso subir. ¡El paisaje cambió tanto!

—Ustedes eran amigos... ¿No?

Mariela sonrió, un montón de recuerdos pusieron luz a su mirada.

—Sí. Lucas, Santiago y yo éramos los mejores amigos del mundo...

La joven guía respiró hondo y continuó:

—Pasamos todos los veranos juntos hasta los catorce. Nos decían “los tres mosqueteros”, andábamos los tres de aquí para allá, de la mañana a la noche. Montábamos los caballos de mi abuelo, nos íbamos de campamento a las sierras con el abuelo de Santi, nos metíamos en cada lío... Uy, mirá ese aguachorro. —Mariela señaló hacia el cielo—. Si tenemos suerte, vamos a volver a verlo más adelante. Tal vez hasta veamos dónde tiene el nido...

—¿Y qué pasó que no se vieron más? —preguntó Gastón antes de que Mariela perdiera el hilo de la conversación.

—Tuvimos un accidente en el arroyo que está al otro lado del pueblo.

—¿El San Bernardo?

—No, el del dique.

—¿Qué les pasó?

—Fue muy feo. Una tarde de verano, a la hora de la siesta, fuimos al arroyo como todos los días. Me acuerdo del cielo nublado pero calmo. Se escuchaban los pájaros más agitados que de costumbre y comentamos que seguro se iba a largar a llover. Entonces Santiago quiso meterse al agua enseguida, antes de la lluvia, Lucas lo siguió y se prepararon al árbol desde donde solían lanzarse. Yo me quedé afuera, a mí el agua no me gusta mucho... —Mariela hizo una pausa para subir por una piedra bastante empinada—. Los chicos se tiraron de cabeza dos o tres veces desde el árbol y de pronto Lucas comenzó a levantar las manos y a golpear el agua, haciendo espuma en la superficie. Santi estaba en el árbol y empezó a reírse, pero se dio cuenta tan rápido como yo de que las cosas no estaban bien, porque la cara de Lucas era de miedo...

Mariela hizo una pausa, como si se hubiera arrepentido de sus palabras. Luego siguió.

—Prometimos no decírselo nunca a nadie, pero ya es tiempo de romper esa promesa —dijo con determinación—. Santi bajó del árbol y se metió al agua despacio. Lucas parecía arrastrado por una

corriente que lo llevaba hacia abajo y luchaba por mantenerse a flote. Los tres sabíamos que en ese arroyo suelen formarse remolinos, nuestros abuelos nos habían contado que varios chicos se habían ahogado allí, por las correntadas, pero nosotros seguimos yendo. Pensábamos que eran cuentos de viejos para tenernos controlados...

—¿Y qué pasó? —Gastón estaba tan concentrado en el relato que se tropezó con una piedra suelta.

—¡Epa! —Mariela lo tomó del brazo—. Tené cuidado, que hay muchas como esa. Y son difíciles de ver en medio de estos pastos tan altos.

De pronto se les acercó Federico corriendo:

—¡Mariela, Alex encontró una víbora! ¡La está pisando para que no se escape!

Mariela y los demás se acercaron corriendo al irlandés. Mariela se agachó y observó la viberita verde, que ya parecía estar medio muerta por el peso del gigante.

—It is call “culebra”. It is not poisonous. Please, let it go! You’re killing it!

El gigante dio un paso al costado riéndose a carcajadas.

—It’s true! Jo, jo, jo... I’m fat!

Mirándose de reojo, el grupo reanudó la marcha. Gastón se apuró para alcanzar a Mariela, que había tomado la delantera. No quería perderse el final del relato.

—¿Y entonces? —le preguntó.

—Entonces Santiago desapareció debajo del agua y por un rato no lo vi más. A Lucas apenas si le veía una mano de tanto en tanto... Yo me metí en el agua, pero no llegué a zambullirme. Por el otro lado del remolino apareció Santi llevando a Lucas, que parecía desmayado... —Mariela hizo una pausa, miró el camino y torció el rumbo. Luego, rodeando su boca con las manos, explicó en voz muy alta—: ¡Tenemos que llegar hasta aquella cueva! —Señaló un punto negro de la ladera de la montaña—. ¡¿La ven?! ¡Vamos a rodear este valle, subiendo por el sendero que ven allí! ¡Es más angosto de lo que parece! ¡Así que ojo con las ráfagas de viento y con las piedras sueltas!! *Be careful!*

El grupo enfrió hacia el camino rocoso que había señalado Mariela. Gastón se acercó a la guía, ansioso por enterarse del desenlace del accidente.

—Bueno, Mariela, ¿entonces qué pasó con Lucas?

—Tu hermano le hizo asistencia respiratoria

hasta que Lucas largó toda el agua que había tragado. Estuvieron más de media hora recuperándose. Y hablando bajito... Yo les gritaba del otro lado, pero no me escuchaban. Lucas me contó que Santi se sentía culpable del accidente. Después caminamos los tres unos doscientos metros hacia las afueras para dejar atrás al remolino, ellos de un lado del arroyo y yo del otro, hasta que encontramos un paso de poca profundidad lleno de piedras. Por ahí cruzaron y, bueno, volvimos a casa, etcétera. Pobre Santi. Fue el mismo año que se accidentó con la mamá. —Mariela giró la cabeza un instante: Alex la llamaba—. Tu hermano se apartó del mundo, no solo de nosotros. Perdoná, pero voy a ocuparme un poco del irlandés. Federico ya me ayudó bastante.

Gastón siguió el ascenso en silencio. El único sonido era el pregonar mortecino del viento. Gastón estaba tan atento a las piedras como a la frase “le hizo asistencia respiratoria”. Significaba que Santi le había salvado la vida a su amigo. “Tu hermano se apartó del mundo...”, estaba desconcertado. ¿Cómo pudo alejarse así de sus mejores amigos? Para él, dejar de ver a Federico era impensable.

¿Cuántas otras cosas no sabía de Santiago? Se puso a pensar y no era mucho lo que le habían contado de él. Algunas anécdotas familiares, que la mamá había muerto en ese accidente, que luego se “había descontrolado”... Pero todo lo que sabía se lo habían dicho el papá y los abuelos. Nada de boca de su hermano. El abuelo siempre le repetía que le diera tiempo, que Santiago se iba a acercar. Que antes tenía que luchar algunas batallas. Pero que, en algún momento, se iba a acercar.

### Cambio de planes

La boca de la cueva estaba en una saliente del cerro, en dirección a un valle muy angosto y muy verde, al que se accedía por una pendiente extremadamente filosa. Hacia arriba, la piedra se veía tan azul que se confundía con el cielo.

A lo lejos, un humo negro se enredaba con fuego, pero nadie lo vio. Tan embriagados estaban por la sugestiva imperfección de las sierras.

La caminata siguió en silencio. A medida que ascendían, el sonido del viento era más y más evidente. Los cinco integrantes de la excursión notaban el cambio de altura. Diego se tapaba y destapaba los oídos; su esposa inspiraba por la nariz y exhalaba por la boca; Federico y Gastón iban juntos hablando en voz muy baja, marchando al mismo paso; el irlandés estaba cada vez más colorado, resoplando. Mariela cerraba la marcha

con satisfacción: estaban a pocos minutos de la entrada a la cueva.

Cuando llegaron, se sentó en la entrada y sacó una bolsa hermética con comida. Los chicos corrieron hacia la garganta de la cueva oscura.

—Bueno, ¿qué les parece si hacemos un alto para almorzar? Traje sándwiches de milanesa, mayonesa y tomate para todo el mundo.

Mientras los demás se sacaban los abrigos para comer más cómodos, el irlandés tocaba las paredes húmedas y rugosas con una delicadeza que parecía imposible en alguien de su tamaño.

Durante el almuerzo, sentados en las rocas, Alex le hablaba a toda velocidad a Mariela. Federico iba traduciendo en voz baja lo que decían:

—... parece que hay algo en el fondo de la caverna... Quiere quedarse acá y que lo pasemos a buscar cuando estemos bajando... Pero parece que el descenso es por otro lado... Él le pidió que nos quedemos unas horas para investigar la cueva... Ah, ahora entiendo: es geólogo... Mariela no quiere porque oscurece temprano...

De pronto, una ráfaga de viento muy violenta los sorprendió a todos. El aire estaba cargado de

olor a pasto quemado. Mariela se incorporó de un salto y tomó su largavista, pero no era necesario: todos podían ver el fuego cruzando la ruta.

—¡No puede ser! —se lamentó en voz baja—. ¡Si hoy temprano el incendio estaba a más de cinco kilómetros del asfalto! ¡Y debería haber disminuido mucho con la lluvia de anteayer! —Sacó una radio de su mochila—. ¡Lucas!... Aquí Mariela... ¡Amelia!... ¡José!... Aquí Mar...

—Adelante, Mariela, soy Amelia. —La voz se escuchaba débil y entrecortada—. Los muchachos se fueron con el resto de los bomberos a controlar el incendio. Cambio.

—Amelia, ¿qué está pasando allá abajo? Cambio. Nosotros seis estamos en la cueva alta... Repito, estamos en la cueva alta. Cambio.

—¡Quédense ahí! El fuego avanza por dos frentes hacia el Tres Picos. ¡Se levantó un viento de mil demonios! ¡Nadie entiende nada! Repito, ¡quédense ahí! Cambio y fuera.

Los cinco excursionistas se paralizaron. Miraban a Mariela mientras ella observaba el ondular de las lenguas de fuego avanzar hacia ellos. ¿Qué les convenía hacer?

“¿Bajar? Es un peligro y la visibilidad va a ser cada vez peor... ¿Subir?... Nos faltan como tres horas de caminata para llegar a la cumbre. Aunque eso mantendría ocupados a todos y no estarían pensando en el fuego”, reflexionaba Mariela. No era posible calcular cuán rápido iba a moverse, pero el fuego estaba a menos de tres kilómetros. Era una cuestión de horas. Y no podían saber dónde estaba el otro frente del incendio hasta que se toparan con él.

Diego le preguntó si la cueva tenía otra salida. Mariela le dijo que sí, que siguiendo por el túnel se salía al lado opuesto, pero que el fuego llegaría antes a aquella ladera que a la boca de la cueva.

Federico le hizo una señal a Gastón. Si antes tenían dudas sobre si iban a llegar al lugar indicado por el abuelo, esa descripción de la cueva les había dicho todo. “Podés llegar por las dos laderas, y la entrada al pasadizo está justo en el medio”, había precisado Juancho sin soltar, todavía, la bolsa de tela.

Mientras tanto, los demás discutían sobre el camino por seguir. Lo mejor era internarse en la cueva, parecía lo suficientemente húmeda como para detener el fuego. Federico abrió su mochila y sacó el teléfono. Comprobó que tenía señal.

—Yo tengo un teléfono y tiene señal —dijo Federico—, ¿ayuda en algo?

—Sí, claro. Llamá al tío Norber y tranquilizalo. También decile a Santiago que le avise a mi abuelo —le respondió Mariela—. ¡A ver si todavía le agarra un ataque al corazón! Los demás, por favor, no manden mensajes todavía, no queremos generar más alarma de la necesaria.

—Mariela —habló Gastón—, nosotros creemos que quedarnos en el interior de la cueva es lo menos arriesgado. ¿Qué te parece?

Mariela lo miró seria.

Federico, que se había apartado para comunicarse mediante el celular, se unió a los demás.

—Pude contar todo y el tío Norber me dijo que lo va a llamar a Franz —contó Federico—. Santiago viene para acá. También me dijo que la humedad en esta cueva alcanza para aguantar hasta que nos rescaten.

—Eso es cierto —acordó Mariela—. Lo que me preocupa es el otro frente de fuego. No sabemos por dónde viene. Alguien debería ir hasta el otro lado.

—Podemos ir nosotros —se apuró a decir Gastón, agarrando del brazo a Federico.

—¡Yo voy con ustedes! —dijo Diego.

—*I'll go with you, boys!* —dijo Alex, al mismo tiempo.

Mariela asintió. Ella quería comunicarse con los de abajo y convenía que se quedara; le preocupaba un poco que, sin conocer el interior de la caverna, los chicos pudieran tener algún contratiempo, pero se tranquilizó pensando que iban acompañados de dos adultos.

Gastón, Federico, el recién casado y el irlandés saludaron con la mano y caminaron hacia el interior de la cueva. Las chicas los miraron hasta que no vieron nada más. A último momento Diego regresó corriendo en busca de los abrigos.

—¡No saben lo húmedo y frío que está allá dentro! —explicó al pasar, apurado por encontrarse con sus compañeros.

Al ver desaparecer a Diego en la oscuridad, Mariela sacó un mazo de cartas de la mochila.

—Solo nos resta esperar... —le dijo a Eugenia—. ¿Querés jugar al chinchón?

—¿Me estás cargando? —le preguntó ella con miedo en la voz.

—Tranquila, che, esta caverna es el lugar más seguro del mundo. Y lo del incendio... ¡hay tantos!

No te preocupes, que no va a pasarnos nada —le respondió Mariela ocultando su propia inquietud.

Las paredes y el techo de la cueva estaban cubiertos de musgo. La montaña entera estaba sudando; hilos de agua resbalaban por la roca hasta perderse en el piso sin dejar rastro. La luz de la linterna de Gastón mostraba relieves en las rocas que componían un paisaje similar al del cordón serrano. Con cuidado, Alex sacó una cámara digital de su mochila y comenzó a fotografiar cada pedazo de roca. Diego lo miraba con fastidio. ¿No importaba que afuera las sierras se estuvieran incendiando?

Federico y Gastón tenían sus propios planes y avanzaban rápido, mirando para todas partes. “La entrada al pasadizo está justo en el medio”, había dicho Juancho. ¿Cuál era el medio? En la oscuridad las distancias son como gatos: se estiran, se envuelven, se enciman unas a otras. ¿Y si lo habían pasado de largo? ¿Y si el abuelo no recordaba tan bien como decía? ¿La memoria envejece o rejuvenece con la edad?

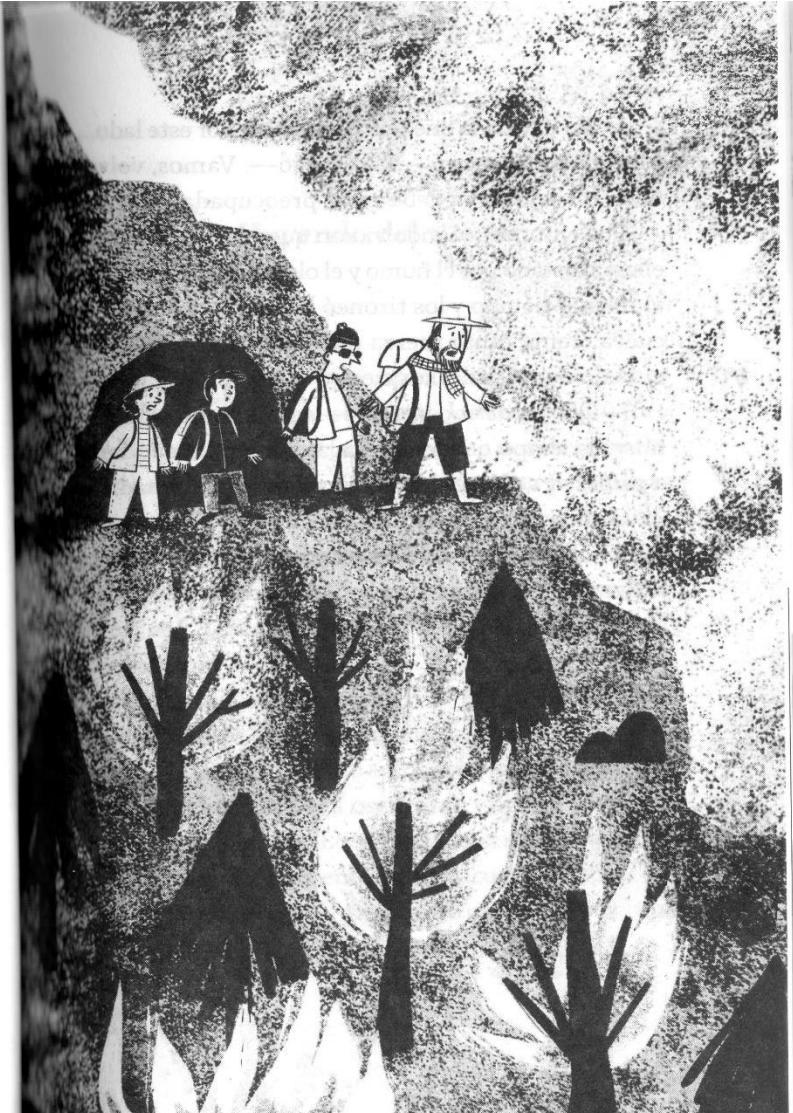
Federico se acercó a preguntarle a Alex si podía apurarse un poco. Gastón caminaba, un pie tras otro, sin pausas, contando las pisadas. No había silencio

en el paisaje, pero sí en los cuerpos de los chicos. Un silencio de fuego, fuego de miedo, fuego de secretos.

Poco a poco vieron aparecer la otra boca de la cueva. Primero, un punto de luz; luego tomó dimensiones más reales.

Diego corrió el tramo de tres o cuatro cuadras que los separaba de la salida. Federico lo siguió en la carrera. El gigante no corrió, continuó avanzando despacio, concentrado en lo que veía en los muros saturados de agua y musgo. Gastón aceleró, cuidando donde pisaba, hasta llegar al exterior. Recién entonces sus ojos miraron hacia afuera.

Cuando salieron de la caverna, el paisaje que descubrieron los dejó helados, y esa sensación fue lo último fresco que sintieron. El fuego, tan denso que parecía una muralla, se encontraba a menos de doscientos metros; y se acercaba, trepando la ladera minuto a minuto. El humo cubría el cielo y se colaba hacia el interior de la cueva cuando el viento lo impulsaba en esa dirección. La roca reflejaba los tonos anaranjados de las llamaradas y su color gris oscuro, casi azul, se transformaba en un violeta tornasolado que resultaba difícil dejar de mirar.



—No hay nada que podamos hacer por este lado... Mariela tenía razón —dijo Diego—. Vamos, volvamos. Mi esposa ya debe estar preocupada.

Fue entonces cuando vieron que Alex corría hacia ellos, asustado por el humo y el olor. Tomó a los chicos al mismo tiempo y los tironeó hacia el interior de la cueva. Tenía tanta fuerza que Federico terminó en el suelo después del sorpresivo "ataque" del gigante.

—*Oh, Frederick, sorry!* —se disculpó Alex al mismo tiempo que le tendía la mano para ayudarlo a pararse y se lamentaba por su reacción desmedida.

Comenzaron a desandar el camino a paso rápido. Marchaban en silencio, masticando el impacto y la belleza del incendio. Una belleza que lagrimeaba en los ojos.

### Huyendo del fuego

—Mariela... —dijo Eugenia con angustia—, hace más de una hora que se fueron los chicos. ¿Cuánto tiempo vamos a esperar? Ya son las dos de la tarde.

Mariela apartó los ojos del largavista para mirar su reloj. "Dos y diez. Ya deben estar a mitad de camino", pensó antes de contestarle a Eugenia.

—En veinte, veinticinco minutos tendrían que estar acá. Lleva una hora y media, más o menos, ir y volver por la cueva... Eugenia, desde la roca en la que se encontraba sentada, miró con ansiedad hacia el interior oscuro. Nada. Se paró y caminó unos pasos hacia adentro. Gritó en dirección a la oscuridad y aguzó sus oídos todo lo que pudo. Le pareció escuchar algo. Un chillido agudo y potente llenó la cueva de ecos.

—¿Qué fue eso? —preguntó Eugenia en voz baja.  
—Ssshhh...

El sonido era uno, pero compuesto por otros, como las hojas de un helecho. Cuando vieron de dónde procedía, ya tenían a los murciélagos a unos metros. Era una población entera, muchos más de los que Eugenia había visto en su vida. Volaban directo hacia ellas, desesperados por salir. Las dos chicas se tiraron al piso. La bandada, sin dejar de chillar, pasó de largo rumbo al valle.

—¡Maaamita! —dijo Eugenia, una vez que las dos volvieron a sentarse en sus lugares—. Lo que yo había escuchado no era viento, pero esto no lo esperaba...

—Ja, ja. ¡Qué susto, ¿no?! —le respondió Mariela mirando hacia donde se alejaba la bandada.

Quince minutos más tarde escucharon pasos y voces acercándose. Mariela abandonó la roca donde estaba y fue hacia los ruidos.

—¡Por fin! —les dijo a Alex y a Diego apenas los vio—. ¿Y Fede? ¿Y Gastón?

Diego se sorprendió:

—¿Cómo? ¿No llegaron todavía?

—¿Qué? ¿Ya tendrían que estar acá? —preguntó Eugenia, agitada.

—Esperen un poquito, no se alteren —dijo Mariela, mirando los ojos desencajados de Diego y de

Eugenia—. Déjenme pensar. ¿En qué momento dejaron de verlos?

—Cuando me torcí el tobillo, cerca de la otra entrada —respondió Diego sin dudarlo—. Les dije que se adelantaran mientras Alex me ayudaba.

Ahí Mariela se dio cuenta:

—Deben estar en el pasadizo. Si es así, no hay peligro. Es más, están mejor que nosotros —exageró, tratando de aliviar al resto del grupo—. *They're fine, Alex, don't worry.*

Diego tomó un largo trago de la botella de agua que le tendió Eugenia.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó mientras se sacaba la zapatilla izquierda para masajearse el tobillo a la vez que rechazaba la venda que su esposa le ofrecía en silencio.

Mariela suspiró. No tenía sentido ir a buscarlos, el pasadizo era seguro. Esperaba que los chicos descubrieran solos cómo salir. Decidió aguardar una hora, luego comenzar a bajar. Iba a comunicar eso a los demás cuando escuchó la voz de Lucas desde su radio.

—Sí, Lucas... Aquí Mariela. Te escucho. Cambio...

—¡Marie! Tienen que empezar a bajar ya mismo.

Hay un lugar por el que pueden hacerlo... Pero tienen que tener mucho cuidado porque el fuego está por todos lados... Tenés que agarrar el desfiladero. ¿Se guís ahí? Cambio.

—Sí, Lucas. Se escucha mal —se apresuró a decir Mariela—. Vos hablá. Cambio.

—Bueno, Marie... No escucho nada. Pero, si me estás escuchando, bajen por el desfiladero que va para el Hotel... —la voz fue tapada por una interferencia— y cuando salgas del bosque, tomá el camino que hacíamos cuando éramos chicos, el de los caballos... pero... —otra interferencia—. Repito, NO vayas hacia la ruta... Bueno... Espero que me estés escuchando, Marie. ¡Cuidate! Cambio y fuera.

Mariela había tomado nota en su propia pierna, sobre la tela del *jogging* gris, para interpretar luego las indicaciones de su novio. Se sentía aliviada por tener un camino que eludía el incendio, pero preocupada porque Federico y Gastón iban a tardar y no sabía por cuánto tiempo más el fuego les iba a permitir el paso. Los tres excursionistas la miraban con nerviosismo. ¿Y si bajaba con ellos y luego volvía a subir en busca de los chicos? ¿Le daría el tiempo? Miró el reloj: tres menos cinco. Le quedaban tres

horas de luz. Hizo cálculos rápidos: ella sola bajaba por el desfiladero hasta el hotel en cincuenta minutos, una hora y media, considerando el humo; la pareja de recién casados iría a su paso. El irlandés podría demorarlos un poco, pero parecía tener buen estado físico. Apenas llegaran al sendero de los caballos podía volver a subir. "Otra hora más de subida". El tiempo le daba justo para regresar a la cueva con la caída del sol. "Sí, eso es lo que voy a hacer".

Mientras la guía estudiaba el terreno con su largavista, Diego y Eugenia sacaron un marcador y en la parte de atrás de un mapa rutero les dejaron un cartel con indicaciones a Gastón y a Federico. Con letras grandes y gruesas les pedían que aguardaran en la cueva, que Mariela volvería a buscarlos, que no salieran de allí por ningún motivo. Aplastaron el papel con piedras en el medio del camino hacia la salida de la cueva y se alejaron rumbo al desfiladero.

Mariela marcaba el paso, a un ritmo más cercano al trote de lo aconsejable, pero cada minuto que ganaban era más tiempo para volver a la cueva a buscar a Federico y a Gastón. Los demás lo sabían, así que se

mantenían juntos detrás de ella sin emitir una queja. Alex resoplaba y, poco a poco, su rostro se puso tan rojo como su cabello. Siguieron por el sendero rocoso de la ladera hasta una curva en donde se abría una bajada estrecha y demasiado empinada.

—Muy bien... Este es el desfiladero... —dijo Mariela agitada por el ejercicio—. Es un trayecto de unos cuatrocientos metros... de bajada empinada como se ve acá... Traten de ir frenándose con las piedras y las ramas gruesas de los costados... Es mejor dar pasos rápidos que lentos, pero ojo con los resbalones... ¡Vamos! *Let's go, Alex. You first!*

La sensación durante la bajada por el desfiladero era que la tierra se esfumaba luego de ser pisada. Recorrieron los cuatrocientos metros en menos de diez minutos. Ninguno se resbaló ni perdió la concentración, pero los cuatro terminaron el trayecto con las manos doloridas y cortajeadas por hacer presión en piedras y troncos. Diego se sentó en el piso a masajear su tobillo, que comenzaba a hincharse. Su esposa le ofreció la venda que llevaba en la mochila una vez más.

—La verdad... Los felicito... *Very good!* —Mariela respiraba ruidosa y profundamente por la nariz

mientras hablaba—. Ahora tenemos... que tomar el sendero... de la derecha... y seguir por allí... hasta que veamos un grupo de cedros azules... Diego, apretá bien esa venda y... ponete esto en ese pie. —Le tendió una media gruesa y muy pequeña—. Tenés que... ajustar fuerte ese tobillo...

Apenas Diego se ató la zapatilla, la guía comenzó a trotar por el sendero. Los demás la siguieron. A medida que se internaban en el valle, el aire era más denso, se veía menos y se respiraba peor. El incendio se hallaba a escasos cincuenta, cien metros de ellos, pero el viento soplaba en contra del fuego en ese trayecto, dando un poco de alivio a los excursionistas.

Luego de una curva, vieron los cedros que había dicho Mariela. Eran perfectos, con sus ramas cubiertas de hojas azules. “Ojalá sobrevivan al incendio”, pensó la guía. Una vez que cruzaron el bosque, les indicó cuál era el camino de los caballos. Se trataba de un sendero angosto, pelado de vegetación.

—El caminito los va a llevar... a un prado donde... Lucas va a estar esperándolos... Díganle que volví a la cueva a buscar a los demás... Y que consiga un helicóptero... o algo... Suerte...

Mariela dio media vuelta y se fue al trote. El cuerpo menudo y fibroso de la guía se desdibujó entre los cedros azules. Cuando el bosque la ocultó por completo, los tres excursionistas comenzaron a trotar por el camino de los caballos.

Mientras avanzaban les dolía el rechinar de los troncos incendiados; el olor a resina se mezclaba con el de la tierra, los pastos y la madera; era un aroma triste, cargado de impotencia.

Pronto vieron la camioneta blanca de Franz y los cuerpos delgados de Lucas y de Santiago corriendo hacia ellos.

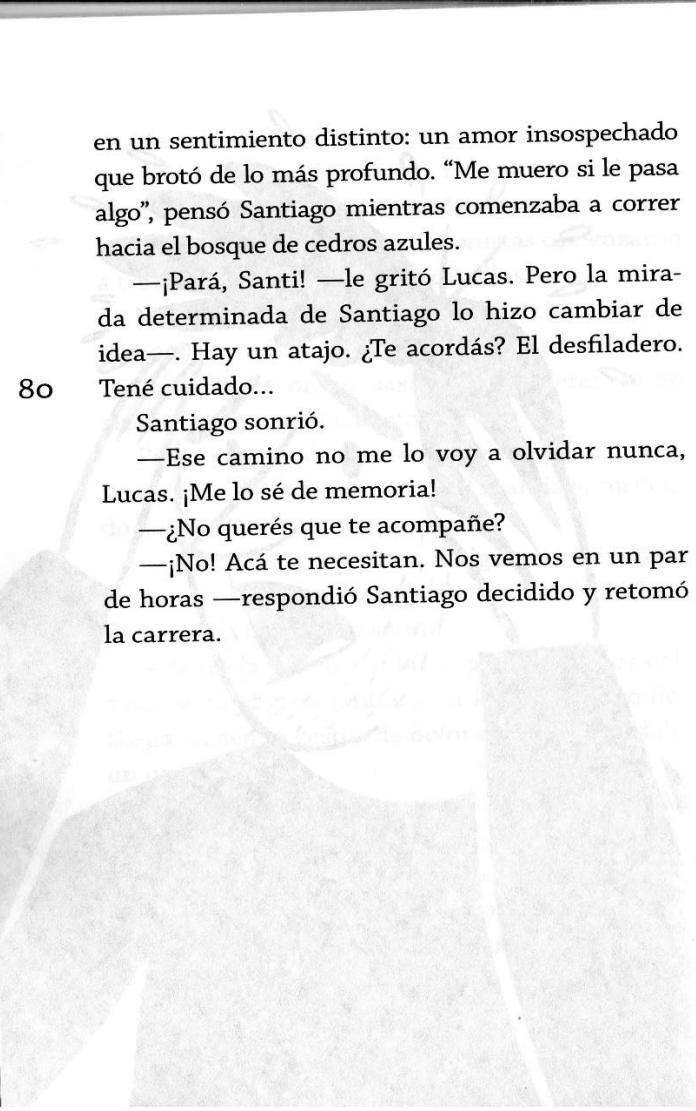
—¡Por fin encontramos a alguien! —exclamó Lucas con alivio palmeando la espalda de Alex—. ¿Y los demás? ¿Se retrasaron?

—Mariela volvió a subir..., porque los dos chicos... se perdieron juntos... en la cueva —explicó Diego haciendo gestos de dolor cada vez que daba un paso.

—¿Pero cómo? —preguntó Santiago—. ¿Mi hermano sigue arriba?

Una mueca de desesperación le desfiguró la cara. Todo el nerviosismo que sentía por compartir tiempo con ese hermano casi desconocido se transformó





en un sentimiento distinto: un amor insospechado que brotó de lo más profundo. "Me muero si le pasa algo", pensó Santiago mientras comenzaba a correr hacia el bosque de cedros azules.

—¡Pará, Santi! —le gritó Lucas. Pero la mirada determinada de Santiago lo hizo cambiar de idea—. Hay un atajo. ¿Te acordás? El desfiladero. Tené cuidado...

Santiago sonrió.

—Ese camino no me lo voy a olvidar nunca, Lucas. ¡Me lo sé de memoria!

—¿No querés que te acompañe?

—¡No! Acá te necesitan. Nos vemos en un par de horas —respondió Santiago decidido y retomó la carrera.

### El camino del abuelo

En el interior del pasadizo, apenas traspasaron la piedra que lo ocultaba, Federico y Gastón respiraron el encierro. La oscuridad se hizo tan palpable como una tela de gasa; se intensificaron los sonidos, los olores y los movimientos sutiles del aire. En cada inspiración, un olor ácido, inclasificable, se asentaba en sus narices, dándoles picazón. Federico sacó un pañuelo del bolsillo, y Gastón, una toallita para limpiarse las manos que le habían dado en el avión.

—¡Uff! ¡Qué tufo! —susurró Gastón mientras se tapaba la nariz con la toallita perfumada.

—Che, qué buena idea la de contar los pasos —le dijo Federico a modo de respuesta.

—Sí, ¡lo complicado fue zafar de los demás!

—¡Nunca pensé que una torcedura de tobillo nos iba a ayudar tanto!

Hablar era una forma de disipar los nervios, de aquietar los corazones, que habían empezado a latir rápido, muy rápido. Pero las palabras no quisieron seguir danzando. Las mentes estaban demasiado alertas como para mantener una conversación.

La oscuridad fue manchada por dos círculos amarillos cuando los amigos prendieron sus linternas. La falta de luz ya no era una molestia. Además, poco a poco, sus ojos se habían adaptado a la penumbra y podían caminar a oscuras. Así lo hicieron por tramos, para alargar la vida de las linternas.

En esos trayectos negros avanzaban dando pasos torpes, cortos, indecisos. Seguían breves e inciertos reflejos de ¿luz del sol?, ¿fuego?, que se formaban de tanto en tanto en las paredes rocosas de la cueva.

Para ayudarse apoyaban las manos en los muros del pasadizo, ignorando si en el próximo movimiento un insecto ciego como ellos se las picaría. Las paredes eran igual de húmedas y musgosas que las de la caverna. Era evidente que allí anidaban miles de arañas, pues paso a paso Federico, que iba primero, arrastraba las telarañas pegadas a las manos, el rostro y el pelo negro.

Anduvieron unos metros antes de escuchar un nuevo quejido de Diego y tono de preocupación en la voz de Alex. Se detuvieron un instante, aunque ni amagaron con volver atrás, prendieron las linternas, se miraron y continuaron avanzando.

Luego de un par de minutos notaron que estaban descendiendo.

Aguzando los oídos aún podían escuchar la voz del irlandés, pero ya no distinguían las palabras; lo que escuchaban era un murmullo que se sofocaba cada vez que respiraban hondo.

Y respiraban hondo muchas veces: internarse en el corazón del Tres Picos quitaba el aire. Necesitaban fuertes inspiraciones para atrapar ese aire tan esquivo, de poco oxígeno y mucho olor a piedra.

En las rocas ya no había salientes, solo una delgada y casi imperceptible fisura a menos de un metro del piso que les servía como guía. Observaron con detalle la fisura a la luz de la linterna y notaron que estaba hecha con una herramienta. Juancho había dicho: "Seguí mi camino, no podés perderte". "¿Cuál es tu camino?". "No necesito decírtelo. Lo vas a encontrar enseguida".

—Esta fisura la hizo mi abuelo, Fede.

—Sí, estoy seguro de que este es el camino.

El pasadizo se fue ensanchando progresivamente hasta ser aún más amplio que el túnel principal, y seguían descendiendo. Ya no escuchaban sonido alguno que no fuera el que ellos mismos producían. A cada paso, pequeñísimos guijarros rodaban hacia abajo, deteniéndose cada vez más cerca. La fisura continuaba guiándolos hacia algún sitio ubicado en las entrañas del cerro. Federico y Gastón no dudaban en continuar, convencidos de que al final de la fisura estaba el lugar indicado por Juancho.

El tiempo se sentía tan estancado como el aire, parecía estacionarse en cada recodo. Por momentos Federico tenía el impulso de mirar su reloj, solo para chequear que las agujas seguían moviéndose, pero la velocidad que llevaba Gastón, que ahora iba adelante, casi corriendo, no lo dejaba detenerse en tonterías.

“Casi llegamos, abuelo, casi llegamos”, pensaba Gastón mientras trotaba sin separar la mano de la fisura.

—¡Guau! —susurró Gastón de pronto. Fede se apuró a alcanzarlo.

Ante ellos se adivinaba un lago subterráneo. El

rumor del agua era inconfundible. Prendieron las linternas y se sorprendieron de lo grande que era el lugar. Fede comenzó a hablar en voz más alta, pero Gastón le ordenó que se callara tapándole la boca y apagando la linterna.

—¡Sshhh!

En el cielo rocoso del lago subterráneo, los círculos de luz habían despertado a los habitantes de la cueva. “¿Qué sonido es ese?”, se preguntó Federico, que nunca había escuchado el despertar de una población de murciélagos.

—Oís? —le preguntó Gastón, susurrando.

Los chillidos cesaron por unos segundos. ¿Los habrían escuchado? Retuvieron la respiración. Las criaturas se agitaron nuevamente. Gastón y Federico suspiraron. Era muy difícil distinguir dónde estaban sin prender las linternas, la cueva se comportaba como una caja de resonancia. “Nuestro olor nos delata”, pensó Federico. Gastón quería seguir recorriendo la fisura y lo tomó de un brazo para que continuaran la marcha. Federico se resistió.

—¿Qué pasa? —susurró Gastón.

—Vamos a esperar un poco, hasta que sepamos qué clase de bichos viven acá.

—¡No tenemos tiempo, Fede! ¿Te olvidaste que afuera hay un incendio?

Federico lo había olvidado por completo. En ese adentro oscuro, húmedo y frío, el fuego parecía un elemento fantástico, imposible. Buscó a tientas la fisura de la pared. La encontró con rapidez y siguió a su amigo, que ya se encontraba varios metros adelante. De pronto sintieron que el aire estancando comenzaba a moverse. Con el aire, los sonidos tomaron vuelo y volumen. El olor cambió y ya no fue ácido, sino a tierra pútrida.

Sin poder evitarlo, el cuerpo de Gastón comenzó a retroceder por el pasadizo. La mano pegada a la



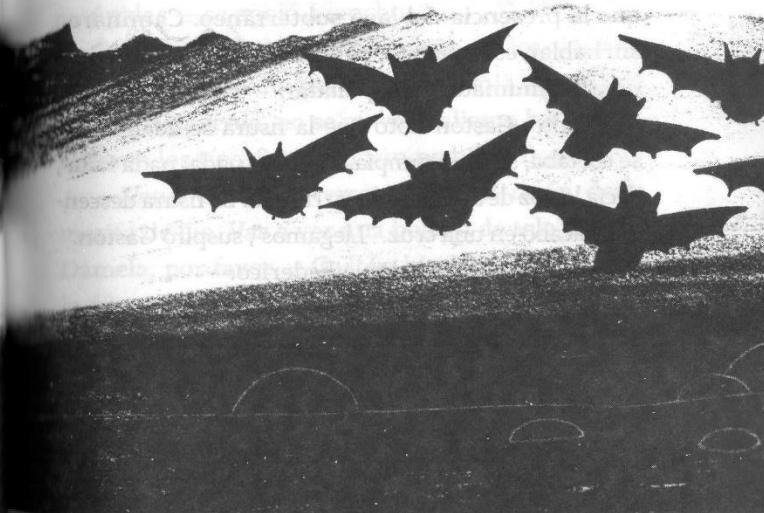
fisura, al musgo, a la roca húmeda. Cuando se dio cuenta de que estaba yendo hacia atrás, Gastón se detuvo: "No podemos volver, no hay tiempo", pensó.

—Fede, yo voy a seguir —dijo, más para sí mismo que para su amigo, a media voz.

Federico, paralizado por los sonidos, dudó. Sentía latidos en las sienes, en las manos, en el estómago. Prendió la linterna y vio la espalda de Gastón unos cuarenta metros adelante, alejándose. Más allá, la luz reveló decenas de ojos y alas negras.

—¡Al suelo, son murciélagos!

La bandada pasó a centímetros del pelo de su amigo, quien se echó al piso en cuanto escuchó su voz.



Él mismo casi no tuvo tiempo de protegerse. Soltó la linterna y se cubrió la cabeza con las dos manos. El círculo de luz parpadeó mientras las alas se alejaban. Federico respiró hondo mientras la apagaba. "Eran unos malditos murciélagos", pensó con el corazón aún escondido en su estómago.

—Murciélagos, ja —dijo Gastón—. No sabía que acá había murciélagos.

—¿Habrá más? —No creo. Cuando se van, se van todos juntos.

Al menos eso creía recordar de algún documental. Con los dedos pegados a la fisura, continuaron el camino del abuelo. La línea grabada en la piedra parecía no tener fin, igual que la oscuridad, igual que la presencia del lago subterráneo. Caminaron sin hablar, escuchando, palpando, oliendo, sintiendo un aire ahumado en el paladar.

Pronto, Gastón notó que la fisura se adelgazaba, se cortaba, se interrumpía. "Ya falta nada, nada falta", decía la voz de Juancho en su cabeza. La fisura descendió y acabó en una cruz. "Llegamos", suspiró Gastón.

—Llegamos —le dijo a Federico.

### La misión

—Ahora, váyanse todos —dijo Juancho esa tarde en el hospital—. Tengo que hablar con Gastoncito.

—Pero, papá, no te conviene hablar demasiado —lo retó Jorge—. Gastón entiende perfectamente que no podés hacer esfuerzos, ¿no, hijo?

—Dije que tengo que hablar con Gastón, Jorge. No quiero gastar tiempo y saliva en discusiones estúpidas —se enojó Juancho.

Gastón, en un rincón de la pieza, con los ojos fijos en la guía del suero que el abuelo tenía clavada en la mano izquierda, no se movió. Salieron los padres, salieron los tíos. Santiago aún no había llegado.

—Vení, Gastón, acercate. Abrí el cajón de la mesita de luz. Vas a ver una bolsita de tela oscura. Dámela, por favor —Gastón hizo lo que el abuelo le dijo.

Juancho acarició la bolsa de tela con los dedos,

la acercó a su boca y la besó. Se tomó unos segundos para respirar hondo y, sin soltar la bolsa, le habló a su nieto:

—Yo me voy a ir, pero antes tengo que pedirte un favor, Gastoncito. En esta bolsa dejo mis sentidos. Y quiero que vos los guardes en un lugar muy importante para mí.

Gastón no entendió. ¿Los sentidos? ¿Guardar los sentidos?

Juancho aflojó el cordel que cerraba la bolsa y metió la mano dentro. El puño salió cerrado, ante la mirada interrogante de Gastón. Cuando se abrió, un reloj plateado y redondo se reflejó en sus ojos.

—Esta es mi vista. Acá puse la mirada más veces en la vida que en cualquier otra cosa. Miré más el reloj que a tu pobre abuela, ¡qué desperdicio! —Los dedos de Juancho acariciaron el reloj, pero con la mente estaba acariciando las mejillas de su esposa.

Dejó el reloj en la sábana y metió la mano en la bolsa otra vez. Sacó un frasco de vidrio y alpaca del tamaño de un dedo meñique. Lo abrió y lo acercó a su nariz.

—Este es mi olfato. Cuando me iba de viaje, tu abuela llenaba este frasquito con una mezcla de

especias y flores que ella misma hacía en un mortero —Juancho suspiró—. Cada vez que la extrañaba abría este frasquito y volvía a mí el aroma de su cuello y de sus manos, a menta, limón y jazmines.

Tendió el frasquito a Gastón, que se lo acercó a la nariz y sintió una oleada de bizcochuelos, cuentos contados a la sombra y besos en la frente.

La mano otra vez estaba saliendo de la bolsa.

—Este es mi gusto. Mi pipa preferida, la que yo mismo hice durante un invierno muy duro en Sierra de la Ventana con la raíz de un pino. Tu tío Norber tiene una igual... Yo, en esta pipa, fumé siempre tabaco del mejor. Aun en las épocas de vacas flacas y oscuras, una vez a la semana me consolaba fumando en esta pipa y recordando mi infancia en los cerros.

La pipa quedó al lado del reloj, pero pronto Gastón la tomó y se la llevó a la boca. Su abuelo lo miró. Sonrió torcido.

—No es bueno fumar, Gastoncito. En mi época era poco lo que se sabía acerca de lo mal que hace, pero, bueno, tampoco soy quién para decirte qué hacer. Yo nunca quise dejar, y mirá que me hincharon bastante. Vos me viste fumar cientos de veces. Y disfrutarlo... ¡Qué te puedo decir yo!

Gastón pensó en cuánto se equivocaba su abuelo. Si había alguien que podía decirle qué hacer, era él. La bolsa se abrió otra vez.

—Mis piedras son tacto y son música —dijo Juancho frotando entre sí dos piedras medianas negroazuladas, pulidas de tantos años de acompañarlo—. Las llevé en el bolsillo en cada momento de nervios, en cada entrevista de trabajo, en cada viaje. Cuando las encontré en la Ventana eran muy ásperas, pinchaban.

—¿En qué ventana? —preguntó Gastón estirando la mano para sentir las piedras.

—¡En la del Cerro Ventana! —respondió Juancho sonriendo y dándole las piedras a su nieto. Gastón lo miró admirado y luego frotó las piedras entre sí—. Las encontré la primera vez que llegué hasta la samente más alta. Me las traje conmigo para recordar siempre el sonido del viento cuando pasa a través de la Ventana. Un *fuuuuuuuuusshhhhhhfffffff* hermoso, fresco, libre...

La bolsa vacía se acunaba sobre el pecho del abuelo. Los cinco objetos respiraban entre las sábanas blancas del hospital. Juancho los guardó mirándolos una última vez, despidiéndose de ellos

antes de meterlos con cuidado en la bolsa de tela. Gastón sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Para distraerlo le preguntó:

—¿Qué tengo que hacer?

—Tenés que enterrar esta bolsa en un lugar que es muy especial para mí.

—¿Qué lugar?

—Un lago subterráneo, que está bien adentro del Tres Picos. En ese lago, más o menos a tu edad, mi hermano y yo dejamos algo que vos vas a recuperar. Y después de sacarlo, vas a meter esta bolsa. Ay, casi me olvido de una última cosa. —Juancho metió la mano bajo la almohada y sacó un sobre blanco, cerrado—. Esta carta es privada. No podés leerla —dijo mientras metía la carta en la bolsa—. Esta carta y lo que saques son para Norber —agregó tendiendo la bolsa a su nieto, pero aún resistiéndose a soltarla.

—Pero, abue, ¿cómo voy a hacer para encontrar ese lago? —Gastón tomó la bolsa mientras la angustia hablaba por él.

—En el ascenso al Tres Picos hay una cueva a mitad de camino. Es una cueva con dos bocas y un pasadizo. La entrada está justo en el medio. Vas a



sentir que te metés en el estómago del cerro, te va a costar respirar porque hay poco oxígeno. Vos seguí mi camino, no podés perderte.

—¿Cuál es tu camino?

—No necesito decírtelo. Lo vas a encontrar enseguida.

—Y si no me dejan subir al Tres Picos?

—Si sabés pedirlo, te van a dejar. —Juanchito abrió los brazos—. Déjala bolsita ahí y dame un abrazo, Gastón.

Nieto y abuelo permanecieron un rato largo abrazados. Las lágrimas de Gastón mojaron el pijama a pintas de Juanchito, las lágrimas de Juanchito oscurecieron el rojo de la remera de Gastón. Aún abrazando a su nieto, el abuelo dijo:

—Ahora, Gastón, yo voy a pedir que cierren mis ventanas.

Gastón lo miró. Se sentía orgulloso por la misión que su abuelo le había encargado. Orgulloso pero muy triste. Juanchito siguió hablando.

—Siento que me voy a morir pronto y ya no quiero ver por la ventana de este hospital. Prefiero imaginar que estoy en las sierras, fumando mi pipa, abrazando a tu abuela. Vos no tengas miedo.

La muerte es una dama inteligente y necesaria. Cuidate para no topártela antes de tiempo y todo va a estar bien.

Gastón asintió. Agarró la bolsa bien fuerte, le dio otro beso y otro abrazo a Juanchito y, dando pasos hacia atrás, llegó a la puerta de la habitación.

Intentó salir pero no pudo.

Se abrazó a los pies de su abuelo, cubiertos por una sábana blanca, y así se quedó hasta que Santiago abrió la puerta.

—Gastón, te dije que no te alejas de mí. —Santiago lo tomó de la mano y lo llevó al lado de la cama. —Mira, te he dejado un regalo.

En el fondo de la cama, entre la ropa y las sábanas, había una caja de madera que parecía un cofre antiguo. Gastón la abrió y vio que dentro había un pañuelo de seda blanca y un collar de oro.

—Es una joya que mi abuelo me regaló cuando yo era pequeño. —Santiago sonrió y le acarició la mejilla a Gastón.

—No te preocupes, Gastón. Tu abuelo ya no está. —Santiago lo abrazó y lo besó en la frente. —Pero tú siempre serás mi nieto querido.

Gastón asintió y se acostó en la cama, rodeado de amor y cariño.

### La joya

Federico y Gastón, alumbrados por las linternas, quitaron de a una las piedras que se amontonaban bajo la cruz que Juanchito había grabado en la pared de roca. El montículo se deshizo y pronto los chicos se encontraron sacando piedras de un pozo angosto y profundo. Metiendo los brazos hasta el codo, extraían pedazos de roca de la medida del puño. Por fin, cuando pensaban que ya no podrían alcanzar el fondo, Federico tanteó un cordel de cuero.

—Gastón, creo que encontré lo que escondió tu abuelo. Sacalo vos.

Gastón valoró el gesto de su amigo y bajó el mentón en señal de agradecimiento. Su mano se hundió en el pozo, encontró y tiró del cordel. Una bolsa muy parecida a la que tenían asomó por el hueco. Gastón desanudó el cordel y metió la mano. Federico acercó la linterna. Una rosa de los vientos

de marfil, ébano y piedras preciosas resplandeció, encandilándolos. Los amigos se miraron. Era un colgante muy antiguo, tan hermoso que agrupaba las miradas en su centro de rubíes. Daban ganas de quedarse horas observando las treinta y dos direcciones señaladas por esa rosa. Pero no tenían tiempo.

—Vamos, tenemos que meter la otra bolsa en el pozo, Gastón, ya deben estar preocupados por nosotros —dijo de pronto Federico quitándole de las manos la bolsa vieja—. Dale, es tu misión —continuó apurándolo al ver que Gastón no reaccionaba.

Como si despertara, al segundo empujoncito de su amigo, abrió la riñonera, sacó la bolsa, la abrió y se quedó con el sobre cerrado que le había dado el abuelo. Lo guardó junto con el colgante en la bolsa que acababa de recuperar. Metió la bolsa vieja en la riñonera y se aseguró de cerrarla bien. Colocó la bolsa con los objetos más queridos de Juancho bien profundo dentro del pozo. Federico enseguida comenzó a pasárselas piedras para llenarlo y transformarlo en montículo. Cuando Gastón colocó la última, Federico tomó la linterna y alumbró la fisura.

—Ahora tenemos que volver. ¡Vamos!

El ascenso por el pasadizo se hizo mucho más largo que el descenso. En el estómago de la montaña, con el aire esquivo, haber cumplido la misión que el abuelo le había encargado le reclamaba aire fresco para llenar sus pulmones. Gastón quería estar en la casa de Norber, darle la rosa de los vientos y la carta, preguntarle si podía leerla. Pero en el medio estaba el incendio, un fuego que ya no era imposible, que crecía con cada chillido anónimo, con cada espasmo de la montaña, con cada olor descompuesto. Ahora el tiempo parecía pasar a su lado más veloz que el aire, mucho más veloz que sus pasos.

A metros de la boca de la cueva escucharon gritos: “¡Gastón! ¡Federico! ¡Gastón! ¡Federico!”. Se apuraron por llegar a la voz. Aunque no la reconocían, era obvio que alguien estaba buscándolos. Corrieron por la cueva hacia la silueta negra que se acercaba.

—¡Santi! —Gastón abrazó a su hermano con fuerza—. ¡Te viniste hasta acá!

Santiago respondió al abrazo y lo prolongó hasta que el nudo de su garganta le permitió hablar.

—¿Cómo no iba a venir? ¡No sabés el susto que me pegué! ¡Con este fuego! ¿Qué estaban haciendo?

—Después te cuento. Era importante, en serio —le contestó Gastón, aún emocionado.

—¡Más les vale! —Santiago abrazó a su hermano; ambos sintieron la respiración agitada del otro, la tensión y, a la vez, la certeza de que estando juntos todo iba a salir bien. Unos segundos después, dijo—:

¡Vamos! Mariela nos está esperando en el desfiladero. Partieron tan rápido como pudieron. El cansancio les llevaba alguna ventaja y los tropeones de Gastón y de Federico fueron cada vez más frecuentes; pero Santiago los atajaba antes de caer y volvía a ponerlos en su sitio, como si sus cuerpos fueran autitos descontrolados dentro de una pista de carrera.

Ya llevaban varios minutos de marcha apresurada cuando vieron que la vegetación se agitaba. De pronto una mano surgió entre las ramas. Luego otra y después, un quejido seguido del ruido de las ramas al moverse.

—¡Mariela! ¡Habíamos quedado en que me esperabas abajo! ¡Estás agotada! —exclamó Santiago al ver surgir el cuerpo de la guía entre el ramaje.

—Aaauffff... —Mariela, que apenas tenía fuerzas para hablar, les sonrió al mismo tiempo que colocaba las manos sobre sus muslos, descansando un

poco su espalda y estirando la parte posterior de sus piernas—. Pen... sé... que... quizás... necesi... tabas... ayuda.

—¿Y los demás? ¿Ya están abajo? —preguntó Gastón, que acababa de recordar el irlandés y de los recién casados.

—Sí, Marie los dejó a salvo —contestó Santiago por su amiga, que casi no podía hablar de la agitación que sufrían su corazón y sus pulmones.

—Sí... Te... nemos que... apurar... nos. —Mariela se pasó la lengua por los labios resecos.

Federico se dio cuenta de que estaba muerta de sed y se apresuró a sacar de su mochila la cantimplora con el resto de agua que le quedaba. Mariela se lo agradeció con una mirada de alivio.

Luego de descansar unos minutos obligada por los tres varones, Mariela se dispuso a iniciar el descenso por el desfiladero. Dio las recomendaciones del caso y encaró el desfiladero primera. “Este debe ser el desfiladero por donde se cayó papá”, pensó Gastón mientras bajaba pisando los bordes afilados de las rocas que asomaban en el suelo. Miró para adelante: la bajada era tan empinada que frente a él veía las copas de los árboles que estaban más abajo.

Un pino, dos, tres y, de pronto, el fuego, a pocos metros de ellos. Santiago era tan ágil como Mariela y ambos sabían de memoria cuáles eran las rocas que no iban a moverse.

—¡Mariela! —gritó Santiago mientras continuaba el rápido descenso—. ¡El fuego!

Mariela dejó de mirar donde pisaba por unos segundos. Vio arder un árbol que se hallaba a su izquierda

—¡Hay que bajar más rápido! ¡Hay que llegar al bosque de cedros azules antes de que estos árboles caigan y el fuego nos tape el paso! ¡Vamos, chicos, rápido! ¡¡Rápido!!

A ambos costados del desfiladero se escuchaba el crepititar de las ramas. El calor aumentaba a medida que descendían, las rocas estaban calientes y ya no eran un buen sostén para impedir resbalones.

Apenas faltaban cien metros cuando Gastón vio con espanto cómo Federico perdía el equilibrio tras un salto largo. Su amigo dio un grito corto y grueso antes de golpear la espalda contra el suelo rocoso y comenzar a caer sin poder detenerse.

Gastón no pudo dejar de mirar el cuerpo flexible y delgado golpear contra piedras y troncos hasta el



fin del desfiladero. Allí quedó tendido, sin moverse, ante la desesperación de Mariela y de Santiago, que vieron el accidente desde abajo y ya estaban tratando de reanimarlo.

Cuando Gastón llegó, casi sin poder ver por el humo y las lágrimas, Santiago estaba revisando a Federico. Gastón sintió un vómito de llanto quemándole las tripas.

—Va a estar bien —le dijo su hermano—. Me tengo que asegurar de que estén sanos el cuello y la espalda antes de moverlo.

—¡Seguí, Gastón! Andá por ahí, por ese bosque, corré lo más rápido que puedas y traé ayuda, yo ya no puedo. ¡Me quedo con ellos! ¡Dale! —le gritó Mariela.

Él salió corriendo. No tenía piernas. No las sentía moverse. Se exigió volar. Los músculos no eran suficientes. Los ojos tampoco. La cara de Santi se dibujaba en su mente. El cuerpo de Fede cayendo, también. Recorrió el sendero pegado a las rocas, esquivando ramas encendidas y saltando todos los matorrales que veía a su paso. También esquivaba los que no veía, porque su cuerpo estaba decidido a ayudar en todo. El sol bajaba y ya no era fácil

distinguir lo que estaba frío de lo que había sido atacado por el fuego. Corrió y corrió sin mirar hacia ningún otro lado que no fuera el bosque de cedros que se alzaba delante de él. Cuando estaba llegando vio focos de linterna a través del humo y escuchó gritos. Comenzó a gritar “¡Lucas!, ¡Lucas!, ¡Lucas!” y pudo darse cuenta de que las linternas intentaban encontrar el origen de la voz. Siguió gritando con todas sus fuerzas sin dejar de avanzar. Las linternas lo encontraron y se acercaron a él; eran Lucas y otros más. Se abrazó al amigo de su hermano, agotado por la carrera y los nervios. Respirando con dificultad, les señaló el camino. Todo lo que veía estaba ardiendo. Casi sin comprender, atinó a decir:

—Fe... de... se ca... yó..., San... ti...

—¡Franz, llevate a Gastón! ¡Los demás vengan conmigo! —gritó Lucas mientras corría hacia el incendio.

Gastón no lo vio ni lo escuchó. Se había desmayado.

**Elecciones**

“Otra vez en un hospital”, fue lo primero que pensó Gastón cuando pisó los pasillos del hospital de Tornquist, el más próximo al pueblo de Sierra de la Ventana. En la sala de espera, sencilla y luminosa, vio a los padres de Federico. Catalina con el celular en la mano, Pedro con una mancha de pintura verde al costado de una ceja. Eran familia, los conocía desde siempre, pero no podía correr a abrazarlos como sus piernas querían. La cabeza no lo dejaba. Simplemente dijo:

—Hola... —dijo suave, sin querer molestar.

—¡Gastón! —exclamó Catalina mientras iba hacia él con pasos acelerados por la angustia—. ¿Estás bien, michi? ¿Pudiste dormir algo? ¿Querés que llamemos a tu mamá?

—Pará, Catalina —la frenó Pedro—. Dejalo respirar que ya tuvo bastante. Hola, hijo, ¿cómo te sentís?

—Yo, bien. Bien. ¿Y Fede?

—Fede está bien. Tiene muchos golpes, dos costillas rotas y un brazo fracturado, pero está bien. La espalda está bien y el cuello también. Ahora tenemos que esperar un poquito para que pueda viajar —le respondió el papá de su amigo, sin quitarle la mano del hombro, como hacía siempre—. ¿Te dijeron que tus viejos están viajando para acá?

—Sí, me contó Santi. ¿Y Mariela, la guía? ¿Cómo está?

—Ella también está bien. Ahí viene su abuelo.

—¡Gastoncito! ¡Justo la Marie me preguntaba por vos!

—¿Cómo está?

—Bien, che. La flaca es fuerte y dura como una cabra de montaña. Me preocupa más Lucas, que hace dos días que no duerme.

Gastón suspiró mientras escuchaba la conversación de los mayores. No le importaba nada de lo que decían. La cabeza le quemaba. Necesitaba salir del hospital.

—Me voy afuera —les dijo. Y después agregó, para que no se preocuparan—: El tío Norber y Santi me están esperando en el barchito de enfrente.

Se sentó en la pared de ladrillos que bordeaba al hospital y miró el cielo.

No podía mirar el cielo sin reparar en los cerros, que parecían pincharlo; puntas de piedra penetrando el azul turquesa. Los picos, ahora, le dolían.

Una silueta vieja se le acercó y le pasó el brazo por los hombros.

—Santi me acaba de contar lo que hiciste.

Gastón giró la cabeza y se encontró con el cuerpo algo encorvado de Norber.

—¿Qué? —Gastón aún no había tenido ganas de contarle a nadie lo que habían hecho.

—Bueno, en realidad me dijo que se quedaron en el pasadizo bastante tiempo.

Gastón respondió a la mirada intensa de su tío abuelo. Era tiempo de hablar con él.

—Tío, el abuelo me dijo que iba a encontrar algo en el lago subterráneo —se animó a decirle.

Sorprendiéndolo, Norber se aclaró la voz y recitó, mirando los cerros:

*Treinta y dos direcciones en el horizonte,*

*no puedo buscarte, Rosa de los Vientos.*

110

*El cerro te protege y nos acerca, al mío hermano y  
hermanos unidos por una línea en la roca...*

Gastón, que conocía de memoria el poema escrito por su abuelo, suspiró.

—Así que Juancho te lo pidió a vos...

—Ahora entiendo muchas cosas de ese poema —dijo Gastón.

—Je. Mi hermano era así. Un personaje. Hay una historia que tengo que contarles. A vos y a Santiaguito —dijo Norber, pasándose un pañuelo por los ojos.

—Además, me dio una bolsa para enterrar en ese lugar —le confió Gastón.

—¿Y la enterraste?

—Sí. —Sintió chorro de emociones al recordar.

—Ya está entonces. Cumpliste su último deseo.

—¿No querés saber qué tiene?

—Sí, claro. Pero si Juancho no me lo contó, es que no debo saberlo. Conservá el secreto hasta que necesites usarlo. Guardar un secreto así da mucho poder.

—Sí... ¿Y la bolsa va a quedar ahí para siempre?

—No sé. La vida te lo va a decir, si le das tiempo... Eso es lo lindo de ser viejo, que el tiempo ya

es un amigo de años y uno aprendió a disfrutar sus sorpresas.

Gastón miró otra vez el cielo perforado por los cerros. Su abuelo lo había elegido a él. ¿Por qué? Pensó en Santi, que esta vez había arriesgado la vida por él y por Federico en lugar de mirar desde lejos como siempre.

—Tío, ¿vos y el abuelo eran de andar juntos?

—No, querido, nunca fuimos así. Andábamos cada uno por su lado. —Norber dejó de hablar mientras levantaba el brazo para saludar al ocupante de una camioneta. Después siguió hablando—. Mi hermano y yo teníamos esa continuidad que ves en la naturaleza. Mirá allá, ese cerro marrón. —Gastón hizo lo que su tío le dijo—. Ese cerro le da sombra al valle que está a su lado, lo protege del viento. El valle, a cambio, refresca al cerro, le da altura. Pero los dos son de la misma tierra, de la misma roca. Los dos toman de la misma agua. Eso es lo que teníamos mi hermano y yo. Juntos éramos un paisaje serrano.

—¿Por qué el abuelo me pidió esto a mí y no a Santi?

—Seguro que a Santi le pidió otra cosa —respondió Norber.

111

que se quedó en el fondo de la casa abrigado por un manto de nieve que cubría la tierra. La noche pasó sin que se oyera ni un solo ruido.

—Al amanecer, cuando ya se escucharon los primeros pasos de Federico y sus padres, Norberto se levantó y se dirigió al cuarto de su hermano. —¿Qué te pasa? —le preguntó su hermano. —No me siento bien —respondió Norberto. —Tú no te preocupes, yo te traigo algo de comer —dijo su hermano. —¿Qué es? —preguntó Norberto. —Una rosa de los vientos —dijo su hermano. —¿De dónde sacaste esa rosa? —preguntó Norberto. —De la casa de mi tío —dijo Norberto. —¿Tu tío? —preguntó su hermano. —Sí —dijo Norberto. —¿Y tu tío? —preguntó su hermano. —Es un viejo que vive en la casa de mis padres —dijo Norberto. —¿Por qué no te quedas con él? —preguntó su hermano. —Porque no me gusta —dijo Norberto. —¿Por qué no te quedas con nosotros? —preguntó su hermano. —Porque no me gustas —dijo Norberto.

—¿Por qué no te quedas con nosotros? —preguntó su hermano. —Porque no me gustas —dijo Norberto. —¿Por qué no te quedas con nosotros? —preguntó su hermano. —Porque no me gustas —dijo Norberto.

### El tío Norber

—Es una historia difícil de contar sin mi hermano

—comenzó diciendo Norberto.

Santiago y Gastón lo escuchaban en silencio, mirando el fuego que crepitaba en el hogar. Habían decidido volver a la casa del tío. Federico y sus padres seguían en el hospital y ellos nada podían hacer quedándose en los pasillos, más que preocupar a Catalina con sus rostros demacrados. Recién a la mañana siguiente Federico iba a poder recibir visitas.

—Todo comenzó con una tarea que nos encargaron mis padres: proteger la única joya que teníamos, una rosa de los vientos que papá había traído de Francia. Nunca supe de dónde la sacó, pero era muy especial para él... Fue durante un año distinto a todos. Juancho y yo éramos chicos todavía, tendríamos doce o trece años, no recuerdo bien. Dos ladrones peligrosos se habían escapado de una de

las cárceles de Bahía Blanca y se decía que estaban merodeando por el pueblo. Imagínense, acá nos conocíamos todos y enseguida se notaba si había un extraño. Mis padres querían salvar nuestra única riqueza... Yo no entendía por qué debíamos esconderla nosotros, pero las caras de nuestros padres me cerraron la boca y por una vez en la vida no pregunté nada. Juancho no era de preguntar, hacía lo que le pedían lo más rápido posible y a otra cosa. La cuestión es que el lugar teníamos que elegirlo nosotros y jamás contarles a nuestros padres dónde estaba. La joya era nuestra herencia y nuestra responsabilidad. —Norber se detuvo un instante a remover el fuego—. No pudimos dormir. Ninguno de los dos quería hablar, no nos llevábamos bien, tampoco queríamos ponernos a discutir sobre algo tan valioso. Nos quedamos mirando los cerros hasta el amanecer. Y creo que se nos ocurrió el lugar perfecto a los dos al mismo tiempo: el Tres Picos. “En la cima”, dije yo. “En algún lugar del cerro”, dijo mi hermano, siempre más realista. —Norber hizo otra pausa para agregar leños al hogar y rescatar sus recuerdos más atesorados—. Y, bueno, no tardamos nada en prepararnos: ese mismo día le pedimos a

mi madre que nos hiciera unos sándwiches de queso y salimos. Je, ahí empezamos: que mejor ir por acá, no, mejor por allá, te dije que por acá, yo voy por donde quiero, y bla bla bla... Chiquilinadas... De todas maneras, íbamos avanzando. Juancho llevaba la joya y yo la comida. Después cambiábamos. Los dos nos cuidamos de mantenernos unidos, el ascenso directo al Tres Picos es muy peligroso. —Norber hizo una pausa—. El paisaje tiene sonidos, ¿vieron?, pero es como si ese sonido invitara al silencio. Yo empecé a pensar que no conocía de verdad a mi hermano y estoy seguro de que a él le pasaba lo mismo. Te hacen laburar la cabeza, las montañas...

Santiago y Gastón se miraron a la luz del fuego. Eso es lo que les estaba diciendo su abuelo: que debían conocerse, que debían pensar. Norber continuó hablando:

—De pronto empecé a silbar y mi hermano me miró con furia. “Odio que silbes”, me dijo. “Pareciera que es todo tan fácil para vos, que lo hacés silbando”. Nunca me voy a olvidar de esas palabras. Una, porque las dijo con la voz cambiada, más gruesa y cascada, la que iba a tener de grande; y otra, porque en realidad era todo lo contrario, yo silbaba para

disimular, porque todo me parecía tan difícil que creía que nunca terminaría de hacerlo. Se lo dije y me miró. No me contestó, claro, ¿qué iba a decirme? En lugar de eso me cambió de tema, me dijo que iba a tallarse una pipa. A mí me entusiasmó eso de fumar y le pedí que me avisara, que podía tallarme una con la misma madera, así teníamos pipas hermanas.

Y bueno, ahí arrancamos a hablar, de cosas que habíamos vivido juntos de chiquitos, de nuestros padres, de la escuela, de la piba que nos gustaba a los dos... La cuestión es que cuando quisimos acordarnos estábamos cerca de la boca de la caverna... Je, tal vez fue la charla la que nos impulsó. Y llegó la noche... Santi, ¿pasaste la noche en el Tres Picos, alguna vez?

—No.

—Bueno, tienen que hacerlo. En verano. Las estrellas parecen acercarse, llenan el cielo, se ven planetas, la Vía Láctea, estrellas rojas, blancas, lluvias de estrellas fugaces. Después de esa fuimos varias veces más, mi hermano y yo. Llevamos a nuestras esposas también. Pero aquella primera noche fue particularmente luminosa y, gracias a eso, vimos las sombras de los dos cuerpos saliendo de la cueva.

—¿Los ladrones? —preguntó Gastón.

—Sí, eran los ladrones. ¡Qué julepe! Yo me quería ir, pero Juancho tuvo una idea mejor. Los tipos estaban yéndose de la cueva y no pensaban volver hasta la salida del sol, al menos algo así escuchamos que decían. Pensaban ir a robar al pueblo. Así que, ni bien pasaron cerca de nosotros, corrimos a meternos en la cueva. ¡Qué sorpresa nos llevamos! Habían dejado bolsos llenos de cosas: joyas, dinero, todo lo que venían robando desde que se habían escapado. Nos sentíamos Alí Baba, el de *Las mil y una noches*, ¿leyeron ese cuento? Pero no tocamos nada, seguimos de largo. Lo que sí agarramos fue un farol, porque estaba todo negro y las arañas a mí me dan miedo...

—Al abuelo también le daban miedo —agregó Gastón.

—Cierto, a Juancho también... Así fue como descubrimos el pasadizo, caminando por la cueva con el farol de los ladrones. Y llegamos hasta el lago subterráneo. ¿Lo conocen?

—No —dijo Santiago.

—Sí —dijo Gastón, al mismo tiempo.

Santiago miró a su hermano menor con asombro.

¿Se había animado a recorrer el pasadizo hasta el final? Le palmeó la espalda con orgullo. Gastón le sonrió.

—Entonces sabés, Gastoncito, que hay que pasar por un techo de murciélagos. Yo no quería seguir adelante y empecé a quejarme. Juancho me dijo que ahí, con los murciélagos, era el mejor lugar para esconder la joya. Yo me empaqué como una mula. Que no y que no. Que la cima era mejor. Pero, de a poco, él me fue convenciendo. Que la cima era soleada, y la cueva, oscura; que la única dificultad para llegar a la cima era el esfuerzo; sumergirse en esa cueva era más difícil porque daba miedo; que los murciélagos eran como una guardia que protegería nuestra herencia... Y me habló, me habló y me habló. Bueno, ustedes lo conocieron, se le daba bien eso de convencer a la gente. De una manera u otra, encontraba las palabras y la forma de que te entraran en la cabeza. Por suerte para nuestra herencia, Juancho me convenció. Pero le dije que tendría que enterrarla solo, que yo me iba a volver a la entrada del pasadizo para hacer guardia por si volvían los ladrones. —Norber se detuvo y se fue a la cocina.

—¿Y entonces? —se desesperó Santiago.

—Y, bueno, tu abuelo escondió la joya y al amanecer bajamos del Tres Picos. Mientras bajábamos me dijo cómo encontrarla, en caso de que la necesitáramos. Fuimos derecho a la casa del jefe de la policía, a contarle que habíamos visto a los ladrones y, gracias a nosotros, los metieron presos otra vez y devolvieron todas las cosas robadas.

—¿Y no pasó nada más? ¿No se quedaron con nada? —insistió Santiago, que se resistía a que la historia terminara así, tan de repente.

—¡Santiago! Me sorprendés, querido. ¡Somos gente honesta!

—Bueno, tío, ¡es que quiero que sigas contando qué pasó con la rosa de los vientos! —le respondió con una sonrisa—. ¡No te ofendas!

—Jamás le dijimos a nadie dónde estaba. Ese secreto nos unió. Incluso mi hermano empezó a silbar cuando necesitaba ayuda. Y venía a darmela una mano cuando escuchaba mi silbido. Fue una de las mejores noches de mi vida...

—Guau... Debe ser impresionante pasar la noche en la montaña —exclamó Gastón.

—Tanto como recorrer el pasadizo —le respondió su hermano.

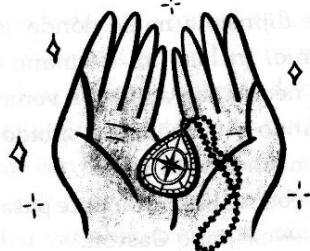
—Me parece que ahora el que tiene que hablar es Gastón —sugirió Norber guiñándole el ojo. Santiago lo miró con intriga.

Gastón no dijo nada. Abrió la riñonera, sacó la vieja bolsa de cuero y la abrió. El sobre cerrado se lo dio a Norber.

—Uy, está un poco húmedo. Ojalá la carta no se haya mojado.

—No te preocupes; la voy a poder leer, tu abuelo siempre escribió con birome —le dijo el tío tomando el sobre con ansiedad.

La rosa de los vientos se la dio a su hermano.



—Fue una lástima que no subieras conmigo al Tres Picos —le reprochó.

Santiago miró la joya con lágrimas en los ojos. El poema que su abuelo le recitaba cuando era chico tomó cuerpo:

*Treinta y dos direcciones en el horizonte,*

*no puedo buscarte, Rosa de los Vientos.*

*El cerro te protege y nos acerca,*  
*hermanos unidos por una línea en la roca.*

*Fuimos dos y fuimos muchos.*

*Montaña de noche que es pura estrella.*

*Gracias, padres, por esta joya*

*que se oculta y nos encuentra.*

—Perdoname, Gastón —le contestó Santiago sin poder contener el llanto—. Perdoname por todo.

—¿Por todo? No entiendo.

Norber, que miraba la escena con pena, intervino:

—Ya vas a entender, Gastón. En un tiempo vas a entender. Dejalo que se descargue.

Gastón nunca había visto llorar a su hermano, era algo muy difícil de ver. Le dolía cada sonido. Le pasó el brazo sobre los hombros y le dio palmaditas.

tas, como hacía el abuelo cuando lo consolaba a él. Santiago se fue calmando, los puños se abrieron y le devolvió el colgante a Gastón.

—¡Extraño tanto al abuelo! ¡Era el único con quien podía hablar! El único que me entendía de verdad —le dijo.

—Sí... Yo también lo extraño... —le respondió Gastón mientras pasaba los dedos por las puntas de la rosa de los vientos.

Norber se había ido a la cocina; estaba leyendo la carta que encerraba el sobre con una sonrisa en los labios. Era larga, escrita en papel muy fino. Cada tanto una carcajada contenida escapaba de su garganta. Los hermanos lo miraron desde el sillón, en silencio, hasta que terminó.

—Un personaje, mi hermano —fue lo primero que dijo.

—Tomá, tío. —Gastón le llevó el colgante—. La rosa de los vientos.

—Je. —Norber hizo una mueca maliciosa. Sus ojos sonreían, anaranjados por el reflejo del fuego. Tomó la joya y la miró con atención—. Me van a tener que hacer un favor. Este verano.

122

16

### En parte de pago

La cena estaba lista.

Era la primera vez que Santiago invitaba a su familia a cenar al dos ambientes donde vivía. Gastón lo miraba con una sonrisa cómplice. Desde el regreso de Sierra de la Ventana los hermanos se habían reunido varias veces en “la cueva”, como llamaban ahora al departamento; algunas, incluso, con Federico.

Gastón, que conocía el desorden natural de su hermano, silbó de admiración cuando vio todo en su lugar, sin remeras sucias por el piso ni cajas de pizza sobre la mesada de la cocina.

—¡Qué ordenado está todo! —exclamó Mariana, su mamá.

Santiago se ruborizó. Cada expresión de reconocimiento le pesaba como un ladrillo.

—En realidad, soy bastante desordenado —dijo con vergüenza.

123

—Igual a Gastón. En eso también se parecen —agregó el papá.

—Msí —respondió Santiago acercándose a su hermano menor—. Nos parecemos bastante, la verdad. Y, si me disculpan, hay algo que tengo que mostrarle a mi hermanito.

Santiago se llevó a Gastón al cuarto y le entregó un paquete.

—¿Y esto?

—Abrilo, dale; es algo del abuelo que te va a gustar.

Gastón desgarró el papel brillante y descubrió una pipa. Lo miró al hermano y vio que él tenía otra muy parecida.

—No son las que más usó —le contó Santiago—. Me las mandó el tío Norber la semana pasada. Las hizo el abuelo con sus propias manos, con pedazos de los cedros azules del bosque. Una es tuya, y la otra, mía. Ahora compartimos pipas, ¡aunque ninguno de los dos fume!

—¡Guau! —Gastón pasó los dedos por las vetas de la madera, buscando en el tacto rastros del abuelo—. ¡Qué bueno que te las mandó!

—Dijo que es en parte de pago por ir el verano

que viene a ayudarlo... Ahora guardala, no vaya a ser que tu vieja me culpe por incentivarte a fumar.

—¡Dejala que diga lo que quiera, Santi! —se rio Gastón; pero por las dudas escondió la pipa en un bolsillo.

Esa noche, cuando ya estaba en la cama, Gastón volvió a recorrer la madera de la pipa con los dedos y recordó al tío Norber y su mueca maliciosa. No les dijo qué le había escrito el abuelo, era una carta privada de verdad. En cambio, les había pedido ayuda. Era un favor que llenaba a Gastón de expectativas.

No. No les había encargado que enterraran otra vez la rosa de los vientos. Esa joya le pertenecía y aún no sabía qué iba a hacer con ella.

Lo que quería el viejo tío era escalar el Tres Picos hasta la cueva, pasar la noche allí y seguir hasta la cima el día siguiente.

—Ver por última vez una lluvia de estrellas fugaces —dijo mirando las chispas del fuego.

Santiago le dijo que estaba loco, que era muy riesgoso para su salud. Pero Norber los dejó sin palabras cuando les dijo:

—Juanchito lo hizo apenas se enteró de que tenía cáncer. En secreto. Lo acompañaron Mariela y Lucas. A mí me invitó, pero yo no me animé y aún me arrepiento.

Los hermanos lo miraron con asombro y el tío Norberto les dijo:

—Todos tenemos derecho a cumplir nuestro último deseo.

Gastón lamentó que no hubiera una pipa para Federico. Su amigo también participaría del viaje el próximo verano. Y Mariela, Lucas y el viejo Franz irían con ellos. Pensó en su abuelo.

Sin meditarlo demasiado tomó un lápiz y un papel de la mesita de luz.

Tenía que escribir algo. Un poema. Miró el techo oscuro. Las frases del abuelo eran las que más le gustaban, pero tenía que hacerlas propias. Decidió cambiar algunas palabras. Lo hizo con timidez primero y divirtiéndose al final. Jugó con el lápiz hasta que logró algo que le gustaba. Despues apagó la luz y cerró los ojos. El poema había quedado medio cursi y resolvió que no se lo mostraría a nadie. A Fede, quizás. O a Santi. Pero era suyo, contaba su aventura.

*Treinta y dos direcciones en el horizonte.*

*Pude salvarte, Rosa de los Vientos.*

*El cerro te guardó hasta que llegamos.*

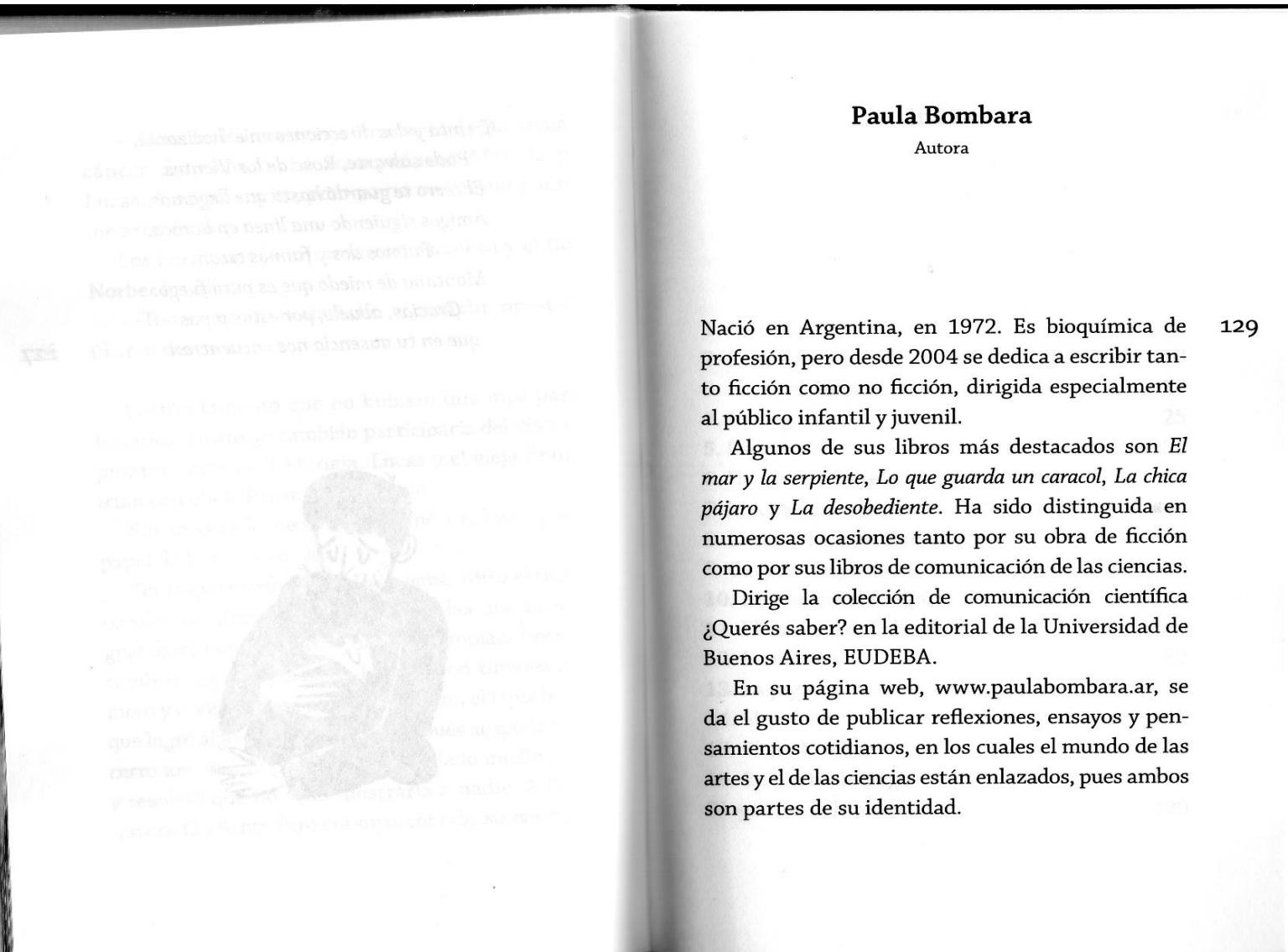
*Amigos siguiendo una línea en la roca.*

*Fuimos dos y fuimos tres.*

*Montaña de miedo que es puro fuego.*

*Gracias, abuelo, por estas pipas  
que en tu ausencia nos encuentran.*





## Paula Bombara

Autora

129

Nació en Argentina, en 1972. Es bioquímica de profesión, pero desde 2004 se dedica a escribir tanto ficción como no ficción, dirigida especialmente al público infantil y juvenil.

Algunos de sus libros más destacados son *El mar y la serpiente*, *Lo que guarda un caracol*, *La chica pájaro* y *La desobediente*. Ha sido distinguida en numerosas ocasiones tanto por su obra de ficción como por sus libros de comunicación de las ciencias.

Dirige la colección de comunicación científica *¿Querés saber?* en la editorial de la Universidad de Buenos Aires, EUDEBA.

En su página web, [www.paulabombara.ar](http://www.paulabombara.ar), se da el gusto de publicar reflexiones, ensayos y pensamientos cotidianos, en los cuales el mundo de las artes y el de las ciencias están enlazados, pues ambos son partes de su identidad.

Nació en Argentina en 1957. Es graduada de biología, pero que desde 1990 se dedica a escribir. Escribió como su trabajo algunas publicaciones en la época infantil y juvenil.

Algunos de sus libros más destacados son El amor y las raíces, Yo soy un animal, La otra cara, Los secretos del bosque, Dijo la cosecha, La otra cara y La otra cara. Dijo la cosecha es una colección de cuentos que narra historias de la infancia y la juventud de la escritora Anne EUDGEE.

En la página web [www.librasyautoras.net](http://www.librasyautoras.net), se puede leer más sobre sus obras y sus exposiciones, así como el mundo de las autoras contemporáneas, en los cuales Anne supone que las mejores historias se escriben en la biblioteca.

## Baile Gomperz

Autora

## Índice

1. Bajo la parra	7
2. Santiago	13
3. Hacia el Sur	19
4. La llegada	25
5. Federico	31
6. Una bolsa de tela	39
7. Muchos años antes	47
8. Lucas, Mariela, Santiago	53
9. Cambio de planes	61
10. Huyendo del fuego	71
11. El camino del abuelo	81
12. La misión	89
13. La joya	97
14. Elecciones	107
15. El tío Norber	113
16. En parte de pago	123
Biografía de la autora	129



## Otro número de la serie

Laura Avila. *Perito del Poder*  
Historia de un régimen que no se acuerda de su autor. 1999.  
Nicolás García. *Historia de la fundación de la Nación*. 1999.  
Cecilia Di Stefano. *Argentina, la otra historia*. 1999.  
Gloria Chaves. *Argentina, la otra historia*. 1999.  
Tatjana Gómez. *Argentina, la otra historia*. 1999.  
Yolanda Leyva. *Argentina, la otra historia*. 1999.  
Elvira de la Torre. *Argentina, la otra historia*. 1999.  
Silvia Benítez. *Argentina, la otra historia*. 1999.  
Diego Martínez. *Argentina, la otra historia*. 1999.  
Laura Rodríguez. *Argentina, la otra historia*. 1999.  
Raúl Pérez. *Argentina, la otra historia*. 1999.  
Marcelo Biagiotti. *Argentina, la otra historia*. 1999.  
Gustavo Roffe. *Argentina, la otra historia*. 1999.  
Chantal de la Fuente. *Argentina, la otra historia*. 1999.  
Gibran López. *Argentina, la otra historia*. 1999.  
Elisa Sosa. *Argentina, la otra historia*. 1999.  
Ana María Spins. *Argentina, la otra historia*. 1999.  
Carmen Ceci. *Argentina, la otra historia*. 1999.  
Diseño y diseño de portadas de los libros de la colección.  
Federico Gómez. *Argentina, la otra historia*. 1999.  
Exposición. *Argentina, la otra historia*. 1999.  
Jorge Serrano. *Argentina, la otra historia*. 1999.  
Historia de los segadores. 1999.  
Óscar Roig. *Argentina, la otra historia*. 1999.  
Tío Ezequiel. *Argentina, la otra historia*. 1999.  
José Cipriano Beltrán. *Argentina, la otra historia*. 1999.

## Aquí termina este libro

escrito, ilustrado, diseñado, editado, impreso  
por personas que aman los libros.

Aquí termina este libro que has leído,  
el libro que ya sos.